

EL POETA
ASESINADO



GUILLAUME APOLLINAIRE

Guillaume Apollinaire

El poeta asesinado



BajaLibros.com

Bajalibros.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

ISBN 978-987-678-833-5

Publisher: Vi-Da Global S.A.

Copyright: Vi-Da Global S.A.

Domicilio: Costa Rica 5639 (CABA)

CUIT: 30-70827052-7

» EMPEZÁ A ARMAR TU
BIBLIOTECA DIGITAL
CON NUESTROS EBOOKS **GRATIS**



[Encontralos acá](#)

I FAMA

Universal es hoy la fama de Croniamantal. Ciento veintitrés ciudades en siete países de los cuatro continentes disputan el honor de haber visto nacer a ese héroe insigne. Más adelante probaré a dilucidar este importante punto.

Todos esos pueblos han modificado más o menos el nombre de Croniamantal. Los árabes, turcos y demás pueblos que leen de derecha a izquierda, lo pronuncian Latmamainorc. Pero los turcos lo llaman también por raro antojo Pata, lo que en su lengua quiere decir ganso u órgano viril, según os plazca. Los rusos apellídanle Viperdoc, es decir, nacido de un pedo, apodo que se funda en la razón que más adelante expondré. Los escandinavos o, cuando menos, los dalecarlios, suelen llamarlo quoniam, que en latín significa "porque", aunque también suele designar las partes nobles en los cuentos populares de la Edad Media. Por donde se ve que sajones y turcos manifiestan a propósito de Croniamantal el mismo sentimiento, ya que le aplican remoquetes idénticos y cuyo origen aún no está muy claro. Hase supuesto que se trata de una alusión cuférmica al texto de la partida de defunción que el médico de Marsella Ratiboul extendió a raíz de su muerte. Según dicho documento oficial, los órganos todos de Croniamantal hallábanse perfectamente sanos, aunque el forense añadía en latín lo que el médico militar Henry dijera a propósito de Napoleón: "Partes viriles exiguitatis insignis sicut pueri".

Pero, por lo demás, hay países que no conservan la menor noción de la virilidad croniamantalesca. Así, por ejemplo, en Moriana los negros le llaman Tsatsa o Dzada, y también Rsoussour, nombres femeninos, pues han feminizado a Croniamantal, ni más ni menos que los bizantinos feminizaron el viernes santo, convirtiéndole en Santa Parasceve.

II PROCREACION

A dos leguas de Spa, en la carretera orlada de nudosos árboles y de maleza, Viersélin Tigoboth, músico ambulante que hacía el camino a pie desde Lieja, dábale al mechero para encender su pipa cuando una voz de hembra le gritó:

-¡Eh, caballero!

Alzó la frente el músico, y estalló sonora carcajada:

-¡Ja, ja, ja! ¡Jo, jo, jo! ¡Ji, ji, ji! ¡Tienes los párpados, de color de las lentejas de Egipto! ¡Me llamo Macarea y quiero un macho!

Viersélin Tigoboth divisó al filo de la carretera a una joven de morena tez, cuyas formas eran graciosos globos. ¡Qué garbosa parecía en su falda corta de ciclista! Y refrenando con una mano su "bici", mientras con la otra alcanzaba las ciruelas verdes, contemplaba de hito en hito al músico valón con sus grandes ojazos dorados.

-¡Eres una linda moza! -dijo Viersélin Tigoboth chascando la lengua-. Pero, Nom di Dio si te atracas de ciruelas, vas a tener un cólico esta noche.

-Me apetece un macho -repitió Macarea.

y, desabrochándose su blusa de ciclista, mostróle a Viersélin Tigoboth los pechos, semejantes a nalgas de angelote, y cuyo pezón recordaba por su color tierno a las rosa a las nubes del ocaso.

-¡Oh, oh! -exclamó Viersélin Tigoboth-, Tus pechos son hermosos como las perlas de la Ambleve. Dámelos, e iré a buscar para ti un gran brazado de hojas de brezo y de iris color de luna.

Adelantóse Viersélin Tigoboth para palpar aquellas carnes milagrosas que de balde le ofrecían, igual que en la misa la hostia; más al punto se contuvo.

-Eres hermosa de verdad, muchacha, nom di Dio; hermosa como el foro de Lieja. Mejor moza eres que Donnaya, Tatena y Victoria, a todas las cuales hice yo el amor. Si tú me quisieses, nom di Dio; me harías feliz.

MACAREA

Son color de luna

y redondos como la rueda de la Fortuna.

VIERSELIN TIGOBOTH

Si no temes encastarte en piojos

hoy mismo con placer seré tu esposo.

Y Viersélin Tigoboth adelantóse con los labios henchidos de besos.

-¡Cuánto te quiero! ¡Oh, mi bien amada!

A poco ya no hubo más que suspiros, gorjear de pájaros y unas liebrecejas pelirrojas y cornudas que pasaban como diablillos, tan de prisa como las botas de Tragaleguas, rozando a Viersélin Tigoboth y a Macarea, presas del poder del amor, a espaldas de los ciruelos.

Luego montó Macarea en su bicicleta, y desapareció.

Y triste hasta la muerte, Viersélin Tigoboth maldijo al instrumento de la velocidad que corría hasta perderse al otro lado de la redondez terráquea, en el momento en que el músico se ponía a mear, tarareando una tonadilla...

III GESTACION

No tardó Macarea en advertir que Viersélin Tigoboth había dejado preñada.

-Es una gaita -pensó al pronto-; pero la Medicina ha adelantado mucho. ¡Ah! ¡Ese valón! Me parece que todo su trabajo va a resultar inútil. ¿Cómo podría Macarea criar al hijo de un murgante? No, no. Desde ahora condeno a muerte a este embrión. Ni siquiera me avengo a conservar en espíritu devino a este feto de mala casta. Pero tú, ¡oh vientre mío, sí supieras cuánto cariño te tengo desde que conozco tu bondad! ¿Tan condescendiente eres que accedes a cargar con los bultos que encuentras por los caminos? ¡Ventre harto inocente, eres indigno de mi alma egoísta! Pero, ¿qué digo?, ¡Oh vientre mío! Tú eres cruel, puesto que separas a los hijos de sus padres. No; ya no te quiero. No eres ya sino un saco repleto, ¡oh vientre mío que sonreías con el ombligo? ¡Oh mi vientre elástico, barbudo, terso, combado, doloroso, redondo y sedoso, que ennobleces! Porque tú ennobleces; ¡oh, ya lo olvidaba; tú ennobleces, oh vientre mío, más hermoso que el sol! Tú ennoblecerías hasta al hijo del murgante valón, y nada tienes que envidiarle al corvejón de Júpiter. ¡Qué desdicha! ¡Un poco más, y hubiera aniquilado a un crío de noble estirpe, a mi hijito, que ya vive en mi vientre bien amado!

Abrió un golpe la puerta, y gritó:

-¡Señora Dehán! ¡Señorita Baba! Oyóse un estrépito de puertas y cerrojos, y las propietarias de Macarea llegaron desoladas.

-¡Estoy preñada! -exclamó Macarea-. ¡Estoy preñada!

Estaba sentada sobre la cama, con las piernas abiertas. Tenía las carnes satinadas. Era estrecha de cintura y ancha de caderas.

-¡Pobre nena mía! -dijo la señora Dehán, que era tuerta, bigotuda, desgarbada y cojitranca-. ¡Pobre nena mía, no sabe usted lo que le aguarda! Las mujeres, luego que han parido, se asemejan a los restos de los cigarrones que crujen bajo los pies del caminante. En habiendo parido, ya no son las mujeres sino saco de enfermedades. ¡Míreme a mí si no! Cascarones de huevos llenos de suertes, encantamientos y demás historias.

-¡Pamemas! -dijo Macarea-. El deber de las mujeres consiste en tener hijos, y yo sé de buena tinta que eso influye muy favorablemente sobre su salud, tanto física como moral.

-¿Dónde tienes el mal? -preguntó la señorita Baba.

-¡Cállate tú! -dijo la señora Dehán, Y en vez de darle a la lengua, vé y tráeme mi frasco de elixir de Spa y unas copitas.

Trajo la señorita Baba el elixir, y bebieron las tres.

-Esto sienta muy bien -dijo la señora Dehán-. ¡Después de una emoción tan grande, necesitaba entonarme un poco!

Volvió a escanciarse otra copita de elixir, la apuró y, apurando con la lengua hasta la última gota, dijo:

-Figúrese, figúrese, señora Macarea... Por lo más sagrado para mí en el mundo se lo juro, la señorita Baba es testigo, esta es la primera vez que le ocurre semejante cosa a una huésped en mi casa... ¡Y eso que las he tenido!... Luisa Bernier, a la que llamaban el Lenguado por lo flaca que era; Marcela la Carabinera, descarada como pocas-, Josueta, que reventó de una insolación en Cristianía, pues así quiso el sol vengarse de Josué; Lifi de Mercocur, que ostentaba un gran nombre -que naturalmente no era el suyo- y que se le despintaba, pues ella misma decía: "Mi apellido se pronuncia Mercure", con aquella boca de culo de gallina. Y en eso terminó, con el cuerpo atiborrado de mercurio, ni más ni menos que si fuera un termómetro. Todas las mañanas me preguntaba: "¿Qué tal día hace?"- A lo que yo le contestaba siempre: "Mejor lo sabrá usted que yo..." ¡Jamás, jamás en la vida se quedó huésped alguna preñada en mi casa!

-Tampoco yo lo estuve hasta ahora -dijo Macarea-. Aconsejeme usted, señora, y no ande con rodeos.

Y al decir eso, levantóse Macarea de la cama.

-¡Oh -exclamó la señora Dehan-. ¡Qué trasero tan bien formado tiene usted! ¡Qué lustre! ¡Qué blancura! ¡Qué morbidez! Señorita Baba, la señora Macarea va a ponerse una bata. Sirva el café y tráiganos también la tarta de mirtilas.

Púsose Macarea una camisa y luego una bata cuyo ceñidor era una banda escocesa.

La señorita Baba no tardó en volver llevando en una gran bandeja las tazas, la cafetera, el jarro con la leche, un tarrito de miel, las rebanadas con manteca y la tarta.

-Me pide usted que la aconseje -dijo la señora Dehán enjugándose con el dorso de la

mano el café con leche que le corría por la barbata-. Pues oiga usted una cosa. No deje de bautizar al niño.

-Claro que no -dijo Macarea.

-Y hasta me parece oportuno que lo bautice usted provisionalmente el mismo día que nazca -añadió la señorita Baba.

-Efectivamente -murmuró la señora Dehán comiendo a dos carrillos-. Nadie sabe nunca lo que puede ocurrir. Además, debe usted criarlo a sus pechos; y si yo fuera usted y anduviera tan sobrada de dinero como usted anda, me iría derechita a Roma antes de dar a luz, y gestionaría la bendición del Padre Santo. Su hijo está predestinado a no gustar las caricias ni los regaños paternos; nunca ha de pronunciar el dulce nombre de papá. Que al menos no le falte la bendición del Papa.

Y la señora Dehán púsose a jipar como un puchero que rebosa junto a la lumbre. También Macarea vertió lágrimas tan abundantes como las de una ballena que resuella. ¿Pero qué decir de la señorita Baba? Con los labios amoratados a causa de la tarta, lloriqueó tanto y con tanto brío, que desde la garganta corriéronsele los suspiros hasta llegarle al virgo, que estuvo a punto de rompersele.

IV NOBLEZA

Después de ganar mucho dinero al bacarrá y rica ya, gracias al amor, trasladóse a París Macarea, que disimulaba muy bien su embarazo. Y al llegar a París, lo primero que hizo fue recorrer los obradores de las modistas.

¡Qué chic estaba Maceran; qué chic!

Cierta noche que había ido Macarea al teatro Francés, representaban allí una comedia moral. En el primer acto, una mujer jóven, que se había quedado estéril mediante una operación quirúrgica, asistía a su marido, embarazado de puro hidrópico y muy celoso. El médico retirábase diciendo:

-¡Sólo un gran milagro y un gran sacrificio podrían salvarle la vida!

En el segundo acto, la casadita decíale al mediquito:

-Estoy dispuesta a sacrificarme por mi esposo. Consiento en cargar con su hidropesía con tal que a él se le quite.

-Amémonos, señora. Si no es usted incapaz de maternidad, se cumplirán sus deseos. ¡Y cuánta gloria no saldré yo ganando!

-¡Ay! -murmuraba la dama-. El caso es que no tengo ovarios.

-¡El amor -exclama entonces el médico-, el amor, señora, puede obrar milagros!

En el tercer acto, el marido, flaco como una ele, y la señora, embarazada de meses mayores, felicitábanse del trueque que habían hecho. El médico comunicaba a la Academia de Medicina el resultado de sus trabajos sobre la fecundación, de las mujeres estériles a consecuencia de una operación quirúrgica.

Hacia el final del tercer acto, uno del público gritó: "¡Fuego!" Los espectadores, asustados, echaron a correr. Macarea imitóles, y, al huir, agarróse al brazo del primer hombre que encontró a su alcance. Iba muy bien vestido y era tan buen mozo como guapa Macarea. Pareció halagarle mucho el que ésta le escogiese por su salvador. Trabaron amistad en seguida, mientras tomaban café, y luego fuéronse a cenar a Montmartre. Pero sucedió que Francisco des Ygréés habíase dejado olvidada, como de costumbre, la bolsa en su casa. Macarea pagó la cuenta. Y Francisco de Ygréés llevó su galantería hasta el extremo de no consentir que Macarea, la cual, a consecuencia del incendio habíase puesto muy nerviosa, durmiese solita aquella noche.

Francisco, barón des Ygréés -baronía postiza, ni qué decir tiene-, proclamábase postrer vástago de una noble casa de Provenza y tenía puesta cátedra de Heráldica en el sexto piso de un inmueble de la calle de Carlos V.

-Pero -decía- las revoluciones y los demagogos se han dado tales mañas, que hoy sólo entienden de heráldica los arqueólogos plebeyos, mientras que los nobles ya no saben jota de tan noble arte.

El barón des Ygréés, que ostentaba escudo de "azur con tres palos de plata", acertó a inspirar tantas simpatías a Macarea, que ésta, en señal de gratitud por la noche del teatro Francés, manifestó deseos de tomar lecciones de heráldica.

Cierto que Macarea era muy torpe para retener los términos del arte, pudiendo afirmarse que sólo se interesó seriamente por las armas de los Pignateelli, que dieron Papas a la Iglesia, y en cuyo escudo abundan los juegos de cacerolas que es un primor.

Pero, sin embargo, no perdieron el tiempo en aquellas lecciones ni Macarea ni Francisco des Ygréés, puesto que concluyeron por casarse. Macarea aportó en dote su dinero, su hermosura y su preñez. Francisco des Ygréés ofreció a su consorte, en cambio, un nombre ilustre y suhidalga presencia.

Ni uno ni otro podían quejarse del trato, y ambos mostrábanse muy ufanos y contentos.

-Macarea, querida esposa -díjole Francisco des Ygréés a los pocos días de casados-, ¿por que te has encargado tantos trajes? Me parece que no pasa día que no traigan alguno las modistas. Aunque a decir verdad, proclaman, por su elegancia, así tu buen gusto como sus buenas manos.

Titubeó un instante Macarea, y luego respondió:

-Lo hago pensando en nuestro viaje de bodas, Francisco.

-¡Nuestro viaje de bodas! ¡Es verdad! Ya había pensado yo en él. Pero, ¿a dónde iremos?

-A Roma -dijo Macarea.

-¿A Roma?

-Quiero ver al Papa -dijo Macarea.

-Me parece muy bien -repuso Francisco-. Pero, ¿con qué objeto?

-Con el de que bendiga al niño que palpita en mis entrañas -dijo Macarea.
-¡Caray! ¡Cuerno!
-Será tu hijo -dijo Macarea.
-Tienes razón, Macarea. Iremos a Roma. Te encargará otro traje de terciopelo negro en el cual, el modisto tendrá cuidado de mandar que borden nuestras armas parlantes: "azur con tres palos de plata".

V PAPADO

-Per caritá, señora "baronesse" -¡cualquiera la tomaría por una solterita!-. ¡Ah, ah, ah! Pero el "señor barón", su esposo, protestaría... ¡Ah, ah, ah! La verdad es que tiene usted una tripilla que empieza a tomar importancia. En Francia, según se ve, trabajan de firme. ¡Ah! Si ese hermoso país quisiera volver a su antigua religiosidad, al punto la población, diezmada por el anticlericalismo -sí, "baronesse", es cosa probada-, aumentaría considerablemente. ¡Ah! ¡Por Jesús bendito! ¡Y con qué atención escucha la señora cuando le hablan en serio! ¿Conque quiere usted ver al Papa? ¡Ah, ah! La bendición de un simple cardenal como yo no es suficiente. ¡Ah, ah! ¿No dice usted nada? Ya comprendo. ¡Bueno, bueno! Procuraré conseguirle la audiencia. ¡Oh, no me dé usted las gracias, no me sobe más la mano? ¡Qué traza se da para besar la señora! Venga, no se vaya todavía, quiero que se lleve un recuerdo mío... ¡Aquí tiene! Una cadenita con la medalla de la santa Casa de Loreto. Déjeme que se la ponga al cuello, es decir... nosotros pronunciamos muy mal el francés... Usted no sabe italiano... Nosotros pronunciamos la "u" francesa como "ou"¹. ¡Es un fastidio!... ¡Ea! Ya que tiene puesta la medalla, prométame no quitársela nunca... ¡Bueno, bueno! Permítame ahora que la bese en la frente. ¡Así! ¿Pero es que le infundo miedo?... Ya está... Pero, díganme, ¿por qué se ríe ahora?... ¿Por nada? Bueno..., pues voy a darle un consejo... Cuando vaya al Vaticano no se eche tanto hedor, digo tanto olor encima... Hasta la vista, señora... Mis rcspetos al "señor barón".

Así fue como, gracias al cardenal Ricottino, que había sido nuncio en Francia, obtuvo Macarea una audiencia del Santo Padre.

Presentose en el Vaticano luciendo su hermosa falda blasonada. Acompañábala el barón des Ygréés, de gabán. Admiróle mucho al barón el uniforme de los guardias nobles. Y los suizos mercenarios, gente dada al mosto ya la picardia, parecieron unos diablillos muy simpáticos. Y aprovechó la ocasión para hablarle a su mujer al oído de un abuelo suyo que fuera cardenal en tiempos de Luis XIII...

Volvieron ambos cónyuges al hotel muy conmovidos y como aimibarados por la bendición del papa. Desnudáronse muy castamente, y ya en la carna estuvieron largo rato hablando del Pontífice, cabeza blanqueada de la vieja Iglesia, nieve que los católicos consideran eterna, azucena de estufa.

-Mujercita mía -dijo como remate Francisco des Ygréés-, siento por ti una estimación que es una verdadero culto, y querré con toda mi alma al niño que el Papa ha bendecido. ¡Venga, pues, en buena hora al mundo ese bendito infante, pero quiero que nazca en Francia!

-Francisco-dijo Macarea, no he estado nunca todavía en Monte-Carlo. ¿Por qué no vamos allá? No conviene que yo pierda del todo la brújula. No somos millonarios. Estoy segura de que me aguardan grandes éxitos en MonteCarlo.

-¡Pardiez! ¡Diantre! -exclamó Francisco-. Macarea, me sacas los colores a la cara.

-¡Ay! -gritó Macarea-, ¡qué patada me has dado! ¡Cabr ... !

-Veo con placer, Macarea -dijo con donaire Francisco des Ygréés, que al punto se repuso-, que no olvidas que soy tu esposo...

-Anda, rico mío, ¡llévame a Mónaco!

-Bueno. Pero has de dar a luz en Francia, porque Mónaco es un país independiente.

-¡Convenido! -dijo Macarea.

Al día siguiente, el barón y la baronesa des Ygréés, con el cuerpo hinchado a consecuencia de las picaduras de los mosquitos, tomaron en la estación billete para Mónaco. En el vagón abandonáronse al placer de idear proyectos encantadores.

¹ Que je vous la passe autour du cou. Retruécano con cul, trasero (N, del T.)

VI GAMBRINUS

El barón y la baronesa des Ygréés, al tomar billete para Mónaco, pensaban detenerse en esa estación, que es la quinta yendo de Italia a Francia, y la segunda del diminuto principado de Mónaco.

El nombre de Mónaco es, hablando con propiedad, el nombre italiano de dicho principado, por más que hoy se empleen en francés las denominaciones francesas de Mourgues y Moneghe, que ya habíanse hecho anticuadas.

Pero en lengua italiana llámase Mónaco, no sólo al principado de ese nombre, sino también a la capital de Baviera, que los franceses llaman Munich. El empleado de la taquilla dio al barón billetes para Mónaco-Munich, y no para Mónaco-Principado. Cuando el barón y su esposa advirtieron el error, ya se hallaban en la frontera suiza y, luego que volvieron de su asombro, decidieron rematar el viaje a Munich, con objeto de ver de cerca cuanto el espíritu antiartístico de la Alemania moderna ha podido concebir de feo en punto a arquitectura, estatuaria, pintura y arte decorativo...

Un frío mes de marzo dejó a ambos conyuges dando tiritones en la Atenas de cartón piedra...

-La cerveza -había dicho el barón des Ygréés -es excelente para las embarazadas...

El barón llevó a su mujer a la cervecería real del Pschorr, a la Augustinerbrau, a la Muchnerkindl y a otras.

Escalaron el Nockerberg, donde se halla emplazado un gran jardín. Allí acude el público a beber, mientras la hay, la cerveza más famosa de marzo, la Salvator, que se acaba en seguida, porque los de Munich son muy borrachos...

Al presentarse el matrimonio en el jardín, hallábase éste invadido por la muchedumbre de bebedores, ya curdas, que canturreaban a voz en cuello, bailoteaban dando tumbos y hacían trizas los tarros vacíos.

Por entre aquellos borrachines circulaban vendedores ofreciendo raciones de asado, arenques ahumados, bretzel², panecillos, chacina, dulces, bagatelas de recuerdo y tarjetas postales. Encontrábase allí también Hannes Irlbeck, el rey de los borrachos, desde los tiempos de Perkeo, el enanito borracho del gran tonel de Heidelberg, no se había visto otro igual. En la época de la cerveza de marzo y luego en mayo, en el momento del bock. Hannes Irlbeck se zampaba sus cuarenta litros de cerveza. En épocas corrientes solía engullirse veinticinco.

En el instante en que la agraciada pareja de los Ygréés pasaba a su lado, hubo de plantar Hannes sus colosales nalgas encima de un banco que sostenía ya a unas veinte descomunales personas, entre hombres y mujeres, y que con el nuevo peso dio un estallido y se vino a tierra. Los bebedores cayeron patas arriba. Salieron a relucir algunos muslos en cueros, pues las medias que gastan las señoras de Munich no les llegan más que hasta la rodilla. Resonaron carcajadas generales. Hannes Irlbeck, que también había dado con las costillas en el suelo, pero sin soltar su tarro de cerveza, volcó su contenido encima de la tripa de una señorita que había caído a su lado, y la cerveza que le espumajeaba encima parecíase a lo que ella hizo no bien se puso de pie, echándose al colete un litro de un solo trago, a fin de reponerse de su emoción.

Pero el encargado del jardín vociferaba:

-¡Donnerkeil!³, ¡so cochinos!... ¡Haberme roto un banco!...

Y con la servilleta debajo del brazo púsose a llamar a los camareros:

-Franz! ¡Jacob! ¡Ludwig! ¡Martin! -en tanto los parroquianos le llamaban a él:

-¡Ober! ¡Ober!⁴.

Pero ni el Oberkellner ni los mozos daban señales de vida. Los parroquianos apretujábanse en el mostrador y se servían ellos solos; pero los toneles no acababan de vaciarse ni se oían ya a cada minuto los sonoros golpes que anuncian el taladro de un nuevo barril. Habían cesado los cantos, y los bebedores, encolerizados, proferían insultos contra los cerveceros y hasta contra la cerveza de marzo. Otros aprovechábanse de aquél entreacto y vomitaban con violentos esfuerzos y los ojos desencajados, mientras sus vecinos les infundían ánimos con seriedad imperturbable. Hannes Irlbeck, que se había levantado del suelo a duras penas, rezongaba:

-Ya no queda cerveza en Munich!

Y con el acento de su pueblo repitió:

-¡Minchen! ¡Minchen! ¡Minchen!

Después de alzar los ojos al cielo acercóse a un vendedor de asados, y encargándole

que le asase un pato, púsose a formular en voz alta sus deseos:

-Ya no hay cerveza en Munich! ¡Pero si siquiera hubiese rábanos blancos!...

Y durante largo rato repitió:

-¡Raaba.... raaba.... raaba...!

De pronto interrumpió su cantinela. La patulea de bebedores sedientos lanzó un grito de satisfacción. Acababan de aparecer en la puerta de la cervecería los cuatro camareros. Conducían con gran empaque una suerte de palanquín, bajo cuyo palio adelantábase el Oberkellner, tieso y arrogante como un rey negro destronado. Abrían el cortejo de nuevos toneles de cerveza, que al punto los mozos procedieron a taladrar a toque de campana y mientras estallaban risas, gritos y canciones sobre aquella hormigueante loma, dura e inquieta como la misma manzana de Adán de Gambrinus, cuando, grotescamente disfrazado de fraile, enarbolando en una mano el rábano blanco, apura con la otra el jarro que le regala el gaznate.

Y el niño venidero resultó zarandeadísimo por las carcajadas de Macarea, que se divertía grandemente con el espectáculo de aquella enorme jumera, y no paró de beber hasta no poder más, en compañía de su marido.

Ahora bien: la hilaridad de la madre ejerció un venturoso influjo sobre el carácter del crio, que aún antes de nacer ya atesoraba mucho de buen sentido, y del legítimo, es decir, del que distingue a los grandes poetas.

² Rosquillas (N del T)

³ Literalmente ¡rayos! (N. del T.)

⁴ Abreviatura de Oberkeller, camarero mayor. (N. del T).

VII ALUMBRAMIENTO

El barón Francisco des Ygrées fuese de Munich en el momento en que la baronesa Macarea conoció que se acercaba la hora de su alumbramiento. El señor des Ygrées no quería ni pensar que un hijo suyo naciera en Baviera; aseguraba que ese país predispone a la sífilis.

Llegaron ambos consortes, en primavera, al puertecito de Napoule, que el barón, haciendo un retruécano lírico de inmejorable efecto, bautizó para "in eternum":

LA NAPOULE DE LOS CIELOS DE ORO⁵

Y allí fue donde Macarea salió de su cuidado.

-¡Ah,ah! ¡Ay! ¡Ay! ¡Huy! ¡Huy! ¡Huyuyuy!

Las tres comadronas del país pusieron a platicar en amable coloquio.

COMADRONA PRIMERA

-Pienso en la guerra.

¡Oh, amigas mías! ¿Habéis contado las estrellas, las hermosas estrellas?

¡Oh, amigas mías! ¿Os acordáis siquiera de los títulos de todos los libros que habéis leído y del nombre de sus autores?

¡Oh, amigas mías! Habéis pensado alguna vez en los pobres mortales que construyeron los grandes caminos?

Los pastores de la Edad de Oro apacentaban sus rebaños sin temor a los bandidos; solo a las fieras les temían.

¡Oh, amigas mías!, ¿qué me decís de todos esos cañones?

COMADRONA SEGUNDA

-¿Que qué te digo de los cañones? Son vigorosos priapos.

¡Oh, mis hermosas noches! Por dichosa me tengo a causa de una corneja siniestra que me encantó anoche; es de buen agüero. Me he perfumado las guedejas con almizcle.

¡Oh, los gallardos y tiesos priapos que fórman esos cañones! Si las mujeres hubieran de hacer el servicio militar, ingresarían todas en la artillería. Durante la batalla, qué aspecto tan extraño tendrán los cañones!

Las luminarias se encienden a lo lejos sobre el mar. Responde, ¡oh, Zelótica, con tu dulce voz!, ¡responde!

COMADRONA TERCERA -Me perezco por sus ojos en la noche; él conoce muy bien mis cabellos y su aroma. Por las calles de Marsella me fue siguiendo largo trecho un oficial. Lucía un traje muy bonito y de muy lindos colores, salpicado de oro, y su boca me tentaba; pero huí de sus besos, refugiándome en mi beed-room* del o de la family-house** en que me hospedaba.

COMADRONA PRIMERA

-¡Oh, Zelótida, huye de los cochinos hombres como huíste de este militroncho! Zelótida, ¿qué me dices de los cañones?

COMADRONA SEGUNDA

-¡Ah! ¡Ay! ¡Yo querría ser amada!

COMADRONA TERCERA

-Son los instrumentos del innoble amor de los pueblos. ¡Oh, Sodoma, Sodoma!

COMADRONA PRIMERA

-Pero nosotras somos hembras, y ¿qué me dices tú de Sodoma?

COMADRONA TERCERA

-Que la consumió el fuego del cielo.

LA PARTURIENTA

-Cuando terminéis con el palique atended, si os place, a la baronesa des Ygrées.

El barón dormía en un pico de la habitación arropado con unas mantas de viaje. Y lanzó

de pronto un pedo que hizo reír a su costilla hasta arrancarla lágrimas. Lloraba Macarea y chillaba y reía, y a los pocos instantes daba a luz un rorro muy bien conformado, del sexo masculino. Pero en aquél momento crítico, agotada por tantos esfuerzos, exhaló el último suspiro lanzando un chillido semejante al que lanza la eterna primera mujer de Adán siempre que atraviesa el mar Rojo.

Al relatar lo que precede, creo no haber dilucidado el importante punto del lugar nativo de Croniamantal.

Dejemos a las ciento veintitrés ciudades⁶ de siete países de los cuatro continentes disputarse el honor de haber mecido su cuna.

Nosotros sabemos ya, y ahí está la partida del registro civil para demostrarlo, que nació de un pedo paternal, en la NAPOULE DE LOS CIELOS DE ORO, el 25 de agosto de 1889, aunque hasta el otro día por la mañana no le presentaron en la Alcaldía.

Era el año de la Exposición Universal, y la torre Eiffel, que acababa de nacer, saludó con una gallarda erección el nacimiento heroico de Croniamantal.

El barón des Ygrées volvió a tirarse otro pedo, que le despertó, junto al macabro lecho en que se rebullía el crío de Macarea. Gritaba el chico, cloqueaban las comadronas y sollozaba el padre, diciendo:

-¡Ah, la Napoule de los cielos de oro, he matado a mi gallina de los huevos de oro!

Luego bautizó con el agua de socorro al chico, poniéndole un nombre de su invención, que no pertenece a ningún santo del Paraíso, el de CRONIAMANTAL. El día siguiente tomó el tren, después de disponer todo lo concerniente a los funerales de su esposa, escribir las cartas necesarias para reclamar su herencia y registrar el niño con los nombres de Cayetano, Francisco, Esteban, Jaime, Amelia, Alonso des Ygrées. Con aquél mamoncillo, cuyo padre putativo era, tomó el tren para el principado de Mónaco.

⁵ Alusión burlesca a La Poule aux œufs d'or, "La gallina de los huevos de oro". (N. del T.)

⁶ Entre esas ciudades citemos a Nápoles, Andrinópolis, Constantinopla, Neauphle-le-Château, Grenoble, Pultava, Pouilly-en-Auxois, Pouilly-les Fleurs, Nauplia, Séoul, Melbourne, Orán, Nazaret, Ermenonville, Nogent-sur Marne, etc., etc.

VIII MAMMON

Viudo ya francisco des Ygréés, instalóse cerca del principado, en tierras de Roquebrune, donde se hospedó en casa de una familia de la que formaba parte una linda morenita a la que llamaban Mia. El mismo criaba con biberón al heredero de su nombre.

Solía ir a pasearse por la orilla del mar en cuanto salía la aurora. Orlabo el camino una cenefa de pitas que al barón, siempre que las veía, parecíanle paquetes de bacalao seco. A veces, cuando soplabo de cara el viento, volvíase de espaldas el barón para encender un cigarrillo egipcio, cuyo humo elevabase en espirales semejantes a las azulosas montañas que se esfumaban a lo lejos en Italia.

La familia en cuyo seno habíase hospedado, componíase de padre, madre y la referida morenita, que se llamaba Mia. El señor Cecchi, natural de Córcega, era croupier del Casino. Habíalo sido antes en Baden-Baden, donde se casó con una alemana. De aquella unión nació Mia, que, en el color de la tez y la negrura del pelo, atestiguaba la sangre corsa que corría por sus venas. Vestía siempre trajes de colorines. Andaba meciendo el palmito con mucho garbo; tenía más trasero que pecho, y sus ojos negros miraban, por efecto de un estrabismo, con cierto extravío que la hacía más apetitosa.

Tenía la lengua floja y hablaba tartajeando con grata indolencia. Tal es el acento de los monegascos, a cuya sintaxis se ajustaba Mia. Después de haber visto algunas veces a la joven coger rosas, empezó des Ygréés a fijarse en ella y a reparar en aquella sintaxis, algunas de cuyas reglas tuvo el capricho de indagar. Al principio, sólo atendió a los italianismos, y sobre todo al que consiste en conjugar el verbo ser consigo mismo como auxiliar, en vez de emplear el verbo haber. Mia, por ejemplo, decía: "Soy estado", en lugar de "he estado". Luego reparó Des Ygréés en esa extraña regla que consiste en repetir el verbo de la oración principal después de dicha oración: "Soy estado en los Molinos, mientras que usted iba a Mentón, soy, estado", o "este año quiero ir a Niza, a la feria de las cogurdas, quiero."

Una vez, antes de salir el sol, bajó al jardín el barón des Ygréés, y entregóse allí a un dulce desvarío, en el curso del cual pilló un catarro. De pronto rompió a estornudar sin tregua unas veinte veces. ¡Achí, achú, achí!

Aquellos estornudos le desentumecieron. Notó que el cielo albeaba y que el horizonte marino iluminábase el primero con las claridades de la aurora. Luego un comienzo de aurora inflamó el cielo por la parte de Italia. Frente a él extendíase la mar todavía mustia, y en el horizonte, como una nubecilla al ras del mar, combabanse las cumbres de Córcega, que al salir el sol desaparecen. Entróle un calofrío al barón des Ygréés, y luego estiró los brazos y lanzó un bostezo. Y siguió mirando al mar por la parte de Oriente, donde se hubiera dicho que relumbraba una escuadra real frente a una ciudad marítima de blancas viviendas: Bordighere, que suministra las palmas para las fiestas del Vaticano. Volvióse luego el barón hacia el inmóvil guardián de aquél jardín, el gran ciprés enguarnaldado por un rosal en flor que se le encaramaba hasta la cima. Francisco des Ygréés aspiró la fragancia incomparable de aquellas rosas magníficas, cuyos pétalos enrollados todavía eran carne.

En aquél momento llamó Mia para el desayuno.

Con la trenza suelta a la espalda, acababa la joven de coger unos higos, escurriendo unas gotas lechosas en un jarro de leche. Sonrióle al barón, diciéndole:

-¿Quiere usted probar la leche cuajada?

El respondióle que no, porque no le gustaba.

-¿Ha pasado usted buena noche? -preguntóle ella.

-No, porque hay por aquí mucho mosquito.

-Mire usted -dijole `Mia-, para la picadura del mosquito no hay nada como frotarse con zumo de limón; y para que no pique, untarse la cara de vaselina antes de acostarse. A mí no me pica.

-Sería una lástima, porque es usted muy bonita, como ya se lo habrán dicho muchas veces.

-Hay quien me lo dice y quien lo piensa sin decírmelo. Los que me lo dicen, no me dan frío ni calor, y los otros, peor para ellos...

Y Francisco des Ygréés imaginó al punto una fábula para los tímidos:

FABULA DE LA OSTRA Y EL ARENQUE

Erased una ostra muy guapa y juiciosa, que vivía pegada a una peña. No soñaba con

amores, y los días de sol bostezaba bestífica mente. Vióla un arenque y aquello fue como un rayo. Al punto se enamoró perdidamente de la ostra, sin atreverse a declarárselo.

Un día de verano, muy feliz y tranquila bostezaba la ostra. Acurrucado detrás de una peña contemplábala el arenque, cuando de pronto acometióle tal deseo de darle un beso a su bien amada, que no se pudo contener.

Y fue y metióse por entre las abiertas valvas de la ostra, que, sorprendida, cerróla de pronto, decapitando al pobre arenque, cuyo cuerpo sin cabeza va y viene a la ventura desde entonces por el Océano.

-Peor para el arenque -dijo Mia riéndose-. ¿Por qué era tan bobo? A mí me gusta que me digan que soy bonita, pero no para burlarse, sino para que se casemos...

Y Francisco des Ygréés tomó al punto nota de esa particularidad de la sintaxis, que manda conjugar el plural de los verbos impersonales con el concurso único, en todas las personas, del pronombre reflexivo de la tercera: para que se casemos, para que se caséis... Y pensaba:

-No me quiere. Macarea muerta. Mia indiferente. Nada, que soy desgraciado en amores.

Cierto día encontrábase en el valle de los Gaumatas, en lo alto de una loma plantada de escuálidos pinos. Por delante de él extendíase a lo lejos la costa, orlada por el azul blanquecino de las olas. Descollaba el Casino por entre la selva de árboles exóticos de sus jardines. Contemplábalo el barón. Aseméjase aquél palacio a un hombre en cuclillas y con los brazos elevados al cielo. Y Francisco des Ygréés oyó que un Mammon invisible susurrábale al oído:

-Mira ese palacio, Francisco. Está hecho a imagen del hombre. Es como él, sociable. Toma cariño a quienes le visitan, y sobre todo a los que son desgraciados en amores. Ve allí, que ganarás, porque no es posible que no gane quien como tú es desgraciado en amores.

Como eran las seis de la tarde, tocaron las oraciones todos los campanarios de aquellos contornos. La voz de las campanas acalió la del Mammon invisible, mientras Francisco des Ygréés le buscaba en vano.

AL otro día tomó Francisco el camino que conducía al templo de Mammon. Era domingo de Ramos. Las calles estaban llenas de chicos, muchachas y mujeres que llevaban en sus manos palmas y ramas de olivo. Las palmas eran, unas sencillas, y aderezadas otras con arte especial. A la vuelta de cada esquina veíanse tejedores de palmas que trabajaban sentados contra la pared. Bajo sus mañosos dedos curvábanse y enrollábanse de un modo raro y airoso las fibras de las palmas. Los chicos jugaban ya a los huevos duros. En una plazoleta, una caterva de chicuelos le estaba sentando la mano a un mocosito pelirrojo, al que habían cogido haciendo trampa en el juego, pues se servía de un huevo de mármol, con el que los cascaba todos, saliendo siempre ganancioso. Niñas chiquitinas dirigíanse a la iglesia, muy bien vestiditas y llevando a guisa de cirio palmas entretejidas de las que sus madres habíanles colgado golosinas.

Francisco des Ygréés pensó:

-La vista de las palmas da buena sombra, y hoy, Pascua florida, he de hacer saltar la banca.

Ya en la sala de juego, lo primero que hizo fue echar un vistazo a la abigarrada muchedumbre que se apretujaba en torno a las mesas...

Acercóse a una Francisco, y jugó, perdiendo su puesta. El Mammon invisible había vuelto a colocarse a su lado, y le decía al oído, cada vez que el croupier con su raqueta rebañaba el tapete verde:

-Has perdido...

Y Francisco no veía ya a la gente, íbasele la cabeza y ponía luses y fajos de billetes al pleno, a caballo, a la transversal y al color. Jugó largo rato, perdiendo el dinero a manos llenas. Volvió al fin la cara, y vio el salón iluminado, en donde los puntos se apretujaban como cuando él entró. Reparando en un joven cuya cara de mal humor daba a entender que también había perdido, sonrióle Francisco y preguntóle si se le había dado contraria.

El joven furioso, respondióle:

-¿A usted también? Un ruso que estaba aquí, junto a mí, ha ganado más de doscientos mil francos. ¡Ah! Si siquiera me quedaran todavía cien francos, iría a rehacerme al treinta y cuarenta. Pero no, tengo la mala sombra. Estoy aviado. Figúrese...

Y cogiendo a Francisco del brazo, llevósele a un diván en el que ambos tomaron asiento.

-Figúrese -siguió diciendo- me he quedado sin un cuarto. Soy casi un ladrón. El dinero que he perdido no era mío. Yo no soy rico, pero estoy muy bien colocado en el comercio. Mi principal me envió a cobrar unas letras a Marsella. Las cobré y tomé el tren para

venir a probar fortuna. Y he perdido. ¿Qué quiere usted? Me prenderan. Dirán que soy un mal hombre y, sin embargo, yo no me he aprovechado lo más mínimo de ese dinero. Lo he perdido. Pero, ¿y si hubiese ganado? Nadie me habría afeado mi acción. ¡Ah, qué mala sombra tengo! ¿No me queda más recurso que suicidarme!

E incorporándose de pronto, llevóse aquél pollo el revólver a la boca, y disparó. Al punto retiraron de allí el cadáver. Algún que otro jugador volvió la cara, pero la mayoría ni siquiera se enteró del incidente que tan fuerte impresión hizo en el ánimo del barón des Ygréés. Este había perdido cuanto le dejara Macarea y que constituía el patrimonio de su hijo. Al salir del Casino sintió Francisco como si el Universo se le viniera encima, primero como una celda, y luego como un sepulcro. Regresó a la "villa" donde se hospedaba. En la puerta detúvose delante de Mia, que estaba hablando con un viajero que llevaba una maleta en la mano.

-Soy holandés -decía aquél hombre-, pero vivo en Provenza y quisiera alquilar aquí una habitación por unos días; vengo con objeto de hacer en este país unas observaciones matemáticas.

En aquel momento el barón des Ygréés envió con la mano izquierda un beso a Mia, mientras con la derecha se saltaba la tapa de los sesos.

-Sólo tenemos para alquilar una habitación -dijo Mia-; pero ya quedó desocupada.

Y corrió a cerrarle los ojos al barón des Ygréés, y con sus lloriqueos de urraca alborotó todo el barrio. Fueron a llamar a la policía, la cual se llevó de allí el cadáver y nadie volvió a hablar más del asunto.

En cuanto al joven a quien su padre, en un arranque de aquél lirismo que le caracterizaba, bautizara de una vez para siempre con el nombre de Croniamantal, recogiólo el viajero holandés, que se lo llevó después consigo con intención de educarle como si fuera hijo suyo.

El día en que ambos se fueron, vendió Mia su virginidad a un campeón americano del tiro de pichón. Y era la trigésima quinta vez que consumaba aquella operación mercantil.

IX PEDAGOGIA

El holandés, que se llamaba Janssen, llevóse a Croniamantal a las inmediaciones de Aix, a una casa que la gente de por allí llamaba el Castillo. No tenía el tal castillo nada de señorial, salvo el nombre, y no era sino una destartada casona con lechería y cuadra. Gozaba el señor Janssen de cierta holgura y vivía sólo en aquella casa, que había comprado para hacer allí vida recoleta, pues la brusca ruptura de un noviazgo había vuelto un poco hipocondriaco. Ahora proponíase intentar la educación del hijo de Macarea y de Viersélin Tigoboth, Croniamantal, heredero del rancio apellido des Ygrées.

El holandés Janssen había viajado mucho. Hablaba las lenguas todas de Europa, más el árabe y el turco, sin contar el hebreo y demás lenguas muertas. Su modo de expresarse era tan claro como sus ojos azules. No tardó en relacionarse con algunos humanistas de Aix que solían visitarle, y se carteaba con muchos sabios extranjeros.

Cuando Croniamantal hubo cumplido los seis años, el señor Janssen tomó la costumbre de sacarlo de paseo al campo por las mañanas. Gustaba Croniamantal de aquellas lecciones por los senderos de las arboladas colinas. El señor Janssen deteníase de vez en cuando, e indicando a Croniamantal ya unos pajarillos que revoloteaban juntos, ya unas mariposuelas que se perseguían retozando por entre las flores, decíale que el amor inspira a toda la Naturaleza. También salían a pasear de noche al claro de luna, y el maestro explicábale a su discípulo los arcanos destinos de los astros, su curso regular y sus influjos sobre los mortales.

No olvidó nunca Croniamantal que una noche de luna del mes de mayo condújole su maestro a un campo situado en el lindero de un bosque. Relucía la hierba con lechosa claridad; palpitaban a su alrededor las luciérnagas, y sus fosforescentes fulgores errabundos prestaban al paraje un raro aspecto. El maestro llamóle la atención al discípulo sobre la dulzura de aquella noche de mayo.

-Aprenda usted -díjole, pues desde que ya era grandecito no lo tuteaba-, aprenda usted todo de la Naturaleza, y quiérala. Que ella sea su verdadera nodriza, cuyos pechos insignes son la luna y la colina.

Tenía a la sazón Croniamantal trece años, y era muy despabilado de ingenio. Escuchaba muy atento las palabras del señor Janssen.

-Siempre viví en su seno, pero viví mal, porque no se debe vivir sin amor humano, sin compañía. No olvide usted que todo en la Naturaleza es una prueba de amor. Yo, ¡ay de mí!, estoy maldito por no haberme sujetado a esa ley, para la que no existe sino su necesidad, que es el destino.

-¿Cómo? -preguntóle Croniamantal-. Usted, maestro mío, que sabe tantas ciencias, ¿no descubrió esa ley que conocen los rústicos y hasta los animales, los vegetales y la materia inerte?

¡Niño feliz, que a los trece años hace tales preguntas! -dijo el señor Janssen-. Siempre conocí esa ley, a la que nadie podría mostrarse rebelde. Pero hay hombres desgraciados a los cuales está prohibido gustar el amor. Tal suele ocurrirles sobre todo a los poetas y a los sabios. Las almas son vagabundas, y yo tengo la conciencia de las vidas anteriores de mi alma. Jamás dio vida sino a cuerpos estériles y sabios. Nada hay en esta afirmación que deba asombrarte. Pueblos enteros respetan a los animales y proclaman la metempsicosis, creencia honesta y evidente, aunque exagerada, pues no hace cuenta alguna de las formas perdidas ni de los inevitables desperdicios. Su respeto debería comprender también a los vegetales y hasta a los minerales. Porque, ¿qué otra cosa es el polvo de los caminos sino la ceniza de los muertos? Ciertamente que los antiguos no reconocían vida en las cosas inertes. Los rabinos fueron de opinión que la misma alma habitó en los cuerpos de Adán, de Moisés y de David. Efectivamente, el nombre de Adán se compone en hebreo de Alef, Daleth y Mim, letras iniciales de los tres nombres. La de usted, como la mía, habitó con anterioridad en otros cuerpos humanos, en otros animales, si no es que fue desperdigada y así continuará después de su muerte, puesto que todo ha de volver a servir. Que es muy posible que no haya ya nada nuevo y que la creación haya cesado...

Añadiré a lo dicho que yo rechacé el amor; pero juro que por nada del mundo volvería a empezar vida semejante. He mortificado mis carnes y practicado duras penitencias. Querría que su vida de usted fuera dichosa.

El maestro de Croniamantal obligóle a consagrar la mayor parte del tiempo a las ciencias, y cuidaba de tenerle al corriente de los nuevos descubrimientos. Enseñóle

también latín y griego. A menudo leían las églogas de Virgilio o traducían las de Teócrito en algún lugar plantado de olivos como los parajes de la antigüedad. Croniamantal había aprendido un francés muy puro, pero su maestro dábale lección en latín. Había aprendido también el italiano, y su maestro púsole en las manos, siendo todavía chiquito, las rimas de Petrarca, que había de ser uno de sus poetas predilectos. Enseñó también el señor Janssen a Croniamantal el inglés, y familiarizóle con Shakespeare. Aficiósele sobre todo a los autores franceses antiguos. De los poetas franceses estimaba sobre todo a Villon Ronsard y su pléyade, Racine y la Fontaine. Dióle a leer también traducciones de Cervantes y Goethe. Siguiendo sus consejos, leyó Croniamantal novelas de caballería, muchas de las cuales hubieran podido figurar en la biblioteca de Don Quijote. Desarrollaron en Croniamantal invencible afición a las aventuras y amores peligrosos; ejercitábase además en esgrima y equitación, y a la edad de quince años ya anunciaba a quienes iban a visitarles que estaba resuelto a ser un caballero famoso.

Era por entonces Croniamantal un gallardo mancebo, amable y garboso. Cuando en las fiestas aldeanas codeábase con las mocetonas lugareñas, contenían éstas la risa y bajaban ruborizadas los ojos ante su mirada. Su espíritu, avezado a las formas poéticas, concebía el amor como una conquista. Reminiscencias de Bocaccio, no menos que su natural atrevido y su educación, predisponíanle a ser osado.

Cierto día de mayo había salido a dar un largo paseo a caballo por los campos. Era de mañana, y la Naturaleza aún conservaba su fresca. Colgaba el rocío de las flores y a entrambos lados del camino extendíanse olivares cuya parda hoja temblaba suavemente al soplo de la brisa marina, desposándose agradablemente con el azul del cielo. Llegó Croniamantal aen su paseo a un sitio donde unos trabajadores estaban arreglando la carretera. Los picapedreros, arrogantes mocetones tocados de vistoso gorro, trabajaban con mucha pereza, cantando e interrumpiéndose a veces para echar un trago. Pensó Croniamantal que aquellos buenos mozos tendrían calignaires. Llamen así en aquella región a los amantes. Los mozos dicen mi calignaire, y las mozas, mi calignaire, y, efectivamente, son zalameros y zalameras en aquella hermosa comarca. Encogiósele el corazón a Croniamantal, y su ser todo, exaltado por la primavera y el paseo a caballo, llamaba a gritos al amor.

En un recodo del camino hubo de agravar su mal una aparición inesperada. Había llegado el joven a un puentecillo tendido sobre un riachuelo que cortaba el camino. Estaba solitario el paraje y por entre la maleza y los troncos de los álamos vio Croniamantal a dos hermosas zagalonas que se estaban bañando. Hallábase la una en el agua y se agarraba a la rama de un árbol de la orilla. Admiró Croniamantal sus brazos morenos y unos satinados encantos que apenas si velaban las ondas. De pie la otra en la orilla, secábase después del baño y mostraba arrebatadores hechizos y seductoras gracias, que inflamaron el corazón de Croniamantal, el cual resolvió al punto acercarse a las mozas y tomar parte en sus retozos. Por desgracia, hubo de reparar en que las ramas de un árbol vecino servían de escondite a dos mozalbetes que acechaban aquella presa. Conteniendo el aliento y siguiendo con la vista los menores movimientos de las zagalas, no vieron al jinete que, riéndose con todas sus ganas, puso su corcel al galope y cruzó el puentecillo profiriendo gritos.

Habíase elevado el sol y, ya casi en su cenit, asestaba intolerables rayos. A las inquietudes amorosas de Croniamantal hubo de añadirse entonces la angustia de una ardiente sed. La vista de una hacienda al filo del camino causóle indecible júbilo. Al punto dirigióse a ella, que tenía a sus espaldas un huertecillo deleitoso por la abundancia de floridos árboles, que formaban un bosquecillo rosa y blanco de cerezos y melocotoneros. En el vallado había ropa tendida, y Croniamantal tuvo el gusto de ver a una hermosa zagalona de unos dieciséis años, la cual hallábase lavando ropa en un lebrillo a la sombra de una higuera poco frondosa que, aunque nacida en una tierra colindante, inclinaba sus ramas sobre el huerto. Sin reparar en su llegada, continuó la moza en sus tareas domésticas, que a Croniamantal parecieronle muy nobles, pues imbuido de recuerdos antiguos comparó a la lavandera con Nausicaa. Apeóse del caballo, aproximóse a la cerca, y embelesado contempló a la moza. Veíala de espaldas. Sus sayas remangadas dejaban ver una pantorrilla muy bien formada, calzada con medias blanquísimas. Balanceaba el cuerpo de un modo incitante a causa de los movimientos que requería el lavado. Tenía remangados los brazos, unos brazos morenos y carnosos que entusiasmaron al poeta.

Siempre he sentido especial predilección por los brazos. Hay quien concede importancia suma a la perfección del pie. Yo confieso que también el pie me encalabrina; pero en mi opinión, es el brazo lo que la mujer ha de tener más perfecto. El brazo está siempre en acción, constantemente lo tenemos a la vista. Podría decirse que es el órgano

de las gracias y que, merced a sus diestros ademanes, es el arma verdadera del amor cuando combado ese brazo delicado simula un arco cuya flecha finge extendido.

De esa misma opinión era Croniamantal. Y en ello pensaba cuando, de pronto, su caballo, al que tenía sujeto de las riendas, barruntando la acostumbrada hora del pienso, puso a relinchar en demanda de la pitanza. Al punto volvió la cara la moza y pareció chocarle la presencia de aquél extraño que la contemplaba por encinia de la cerca. Púsose muy encarnada, y pareció todavía más hermosa. Su tez morena atestiguaba la sangre mora que por sus venas corría. Croniamantal pidióle de beber y de comer. La moza, con mucho garbo, introdújole en el cortijo y le sirvió un agreste yantar. Un poco de leche, huevos y pan negro satisficieron su hambre y su sed. Mientras cornía dirigíale el joven preguntas a su huespeda, con la esperanza de hallar coyuntura de halagarla con algún cumplido. Supo de esta suerte que se llamaba Mariquilla y que sus padres habían ido al pueblo cercano a vender hortalizas. Su hermano trabajaba en el arreglo de la carretera. Aquella familia vivía dichosa de los frutos del huerto y el establo.

En aquella sazón llegaron sus padres, unos gallardos palurdos, y Croniamantal, que ya se había enamorado de Mariquilla, sufrió una gran contrariedad. Aprovechóse de la coyuntura para preguntarle a la madre cuánto le debía, y despidióse de ellos, no sin lanzar a Mariquilla una mirada, que la moza no le devolvió, aunque sí tuvo el gusto de ver que se ponía muy colorada al apartar los ojos.

Volvió a montar a caballo y tomó de nuevo el camino de su casa. Como era aquélla la primera vez que sentía pesares de amor, parecieronle muy melancólicos los parajes que a la ida recorriera. Habíase puesto el sol. Las pardas hojas de los olivos antojáronsele tan tristes como él. Extendíanse las sorribras por los campos como ondas. La ribera en que contemplara a las mozas bañándose estaba a la sazón abandonada. El ruidillo del agua hizosele insoportable como una burla. Lanzó su caballo al galope. Era ya el crepúsculo y a lo lejos se encendían luces. Después vino la noche. Refrenó Croniamantal el paso de su cabalgadura y abandonóse a un desatinado desvarío. El camino, que formaba un repecho, tenía una orla de cipreses, y por aquel sendero, bajo las sombras de la noche y el amor, siguió Croniamantal, melancólico, con rumbo a su morada.

Los siguientes días observó, no sin pesar, su maestro, que Croniamantal no prestaba la menor atención a los estudios a que antes se aplicaba. Y adivinó que el amor tenía la culpa.

La suma de desprecio que se mezclaba a su amor provenía de no ser Mariquilla más que una lugareña.

Era ya a últimos de setiembre, y, llevándolo consigo al día siguiente a los olivares henchidos de fruto, censuró el señor Jansen la pasión de su discípulo, que, con las mejillas coloradas, escuchaba sus regaños. Los primeros vientos de otoño salmodiaban ya sus lamentos, y Croniamantal, muy triste y abochornado, perdió para siempre las ganas de volver a ver a su hermosa Mariquilla, no conservando sino su recuerdo.

Y así fue cómo Croniamantal se hizo mayor de edad.

Cierta aficción al corazón que le descubrieron libróle del servicio militar. A poco de eso murió de repente su maestro, nombrándole heredero de todos sus bienes, que no eran gran cosa. Croniamantal vendió la casa llamada el Castillo, y se fue a París para entregarse apaciblemente a su afición a la literatura, pues hacía ya mucho tiempo que a hurtadillas componía poemas, que guardaba en una caja de habanos.

X POESIA

En los primeros días del año de 1911 un joven mal vestido subía echando el bofe por la calle de Houdon. Su semblante, sumamente expresivo, reflejaba alternativamente alegría e inquietud. Sus ojos devoraban cuanto miraban, y al unirse sus párpados como mandíbulas tragábanse al universo, que sin cesar se renovaba por la operación del que corría, imaginando los menores detalles de los mundos enormes con que se apacentaba. Los clamores y truenos de París estallaban a lo lejos y alrededor del joven, que al fin se detuvo desolado, como un ratero largo trecho perseguido y dispuesto ya a rendirse. Aquellos clamores, aquel ruido, indicaban bien a las claras que sus enemigos estaban a punto de echarle mano como a un ladrón. Su boca y sus ojos expresaron la astucia, y, caminando ahora despacito, refugióse en su memoria y siguió hacia adelante, mientras todas las fuerzas de su destino y de su conciencia apartaban al tiempo para que resaltase la verdad de lo que es, de lo que fue y de lo que será.

Entró el joven en una casa de un solo piso. Encima de la puerta, que estaba abierta, había un cartelón con este rótulo:

ENTRADA A LOS TALLERES

Echó a andar por un pasillo, donde hacía tal obscuridad y tal frío, que el joven creyó morir, y con toda su voluntad, apretando los dientes y los puños, desmigajó la eternidad en un punto. Luego, de pronto, recobró la noción del tiempo, cuyos segundos, aporreados por un reloj que a la sazón oyera, caían como trozos de cristal, y la vida apoderose de él nuevamente mientras tornaba a huir el tiempo. Pero en el momento en que se disponía a llamar a una puerta palpitóle más fuerte el corazón, por el temor de no encontrar a nadie.

Llamaba a la puerta, vociferando:

-¡Soy yo, Croniamantal!

Oyéronse al otro lado de la puerta los pasos lentos de un hombre cansado o que lleva auestas un muy pesado bulto, y al abrirse la puerta operóse en la brusca claridad la creación de dos seres y su inmediata cópula.

En el taller, semejante a un establo, yacía diseminado un rebaño innumerable. Eran los cuadros dormidos, y el pastor que los guardaba sonreía a su amigo.

En un estante, unos libros amarillentos apilados simulaban pellas de manteca. Y zarandeando la mal cerrada puerta, introducía el viento a unos seres desconocidos que se quejaban con ahogados gritos en nombre de todos los dolores. Las lobas todas de la miseria aullaban entonces detrás de la puerta, prontas a devorar al rebaño, al pastor y a su amigo, para preparar en el mismo sitio la fundación de la Ciudad Nueva. Pero en el estudio había alegrías de todos colores. Un gran ventanón ocupaba todo el testero del Norte, y sólo dejaba ver el azul del cielo, semejante un canto de mujer. Croniamantal quitóse el sobretodo, que rodó por tierra como el cadáver de un ahogado, y, tomando asiento en un diván, contempló largo rato, sin decir nada, El nuevo lienzo colocado en el caballete. Vestido de azul y con los pies descalzos, el pintor contemplaba también el lienzo donde, en una niebla glacial, recordaban dos mujeres.

Había también en el estudio una cosa fatal, ese gran fragmento de un espejo roto, colgado de la pared con unas alcayatas. Era una insondable mar muerta, vertical, y en cuyo fondo una falsa vida animaba lo que no existe. De esta suerte, frente al arte, hay también su apariencia, de la que no recelan los hombres, y que les echa por tierra cuando el arte los ha encumbrado. Agachóse Croniamantal y quedó sentado, con los codos apoyados en las rodillas. Luego apartó los ojos del lienzo para fijarlos en un cartelón que había tirado por el suelo, y que ostentaba el siguiente rótulo, trazado con el pincel:

ESTOY EN EL TALLER DE EMBADURNADO

El pájaro de Benim

Leyó y releyó aquella frase, mientras el pájaro de Benin contemplaba su cuadro, meneando la cabeza, echándose atrás y acercándose. Luego volvióse hacia Croniamantal y le dijo:

-Anoche vi a tu mujer.

-¿Quién es ella? -preguntóle Croniamantal.

-No puedo decirte; la he visto, pero no la conozco; es una verdadera muchachita de las que a ti te gustan. Tiene la carita mustia y aniñada de las hembras predestinadas a hacer sufrir. Y aparte la gracia de sus manos, que se yerguen para repeler, carece de esa nobleza que los poetas no podrían amar, porque les impediría padecer. He visto a tu mujer, te digo. Es la féaldad y la belleza; es como cuanto hoy amamos. Y ha de tener gusto a hoja de laurel. Pero Croniamantal, que no le escuchaba, interrumpióle diciendo: -Ayer hice mi último poema en versos regulares:

Luth
Zut,

y mi último poema en versos irregulares: (Fíjate bien: en la última estrofa, la palabra chica está tomada en mal sentido):

PROSPECTO PARA UN MEDICAMENTO NUEVO

Porque volvió Hjalmar
Los grandes cálices de plata copelia quedaron vacíos
Las estrellas de la tarde
Convirtiéronse en estrellas de la mañana
Y recíprocamente
La bruja del bosque de Hruloe
Aderezó su cena
Era hipófaga
Pero él no lo era
Mái mai ramaho nia nia
Luego las estrellas de la mañana
Volvieron a convertirse en estrellas de la tarde
Y recíprocamente
El exclamó: -En el nombre de Maroe
Y de su gipaeto predilecto
Hija de Amammoer
Prepara el brebaje de los héroes
-Está muy bien noble guerrero
Mái Máí ramaho nia nia

Tomó ella el sol
Y lo zambulló en el mar
Tal las mujeres hacendosas
Maceran un jamón en sal-muerta
Pero ¡oh desgracia! los salmones voraces
Devoraron al sol ahogado
Y se hicieron pelucas
Con sus rayos
Mai Maio ramaho nia nia

Cogió la luna y ciñóle tiras de trapo
Como se hace con los muertos ilustres
Y con los niños pequeñines
Y luego a la luz de sólo los astros
Los eternos
Hizo un cocimiento
De euforbio, de goma de Noruega
Y de muermo de los Alpes
Para dar de beber al héroe
Mái Máí ramaho nia nia

El murió como el sol
Y la bruja encaramada en la copa de un pino
Estuvo escuchando hasta el anochecer
El rumor de los vendavales encerrados en la redoma Y los escaldas trapaceros lo atestiguan Alai Máí ramaho nia nia

Calló un instante Croniamantal y luego añadió: -No volveré a escribir más sino versos libres de toda traba, ¡hasta de la del idioma! Escucha esto, amigo mío:

MAHEVIDANOMI RENACANOLIPNODITOC

EXTARTINAP + v.s.

A. Z.

TEL 33-122. Pan; Pan

OceaioiiiiioKTin

-Tu último poema, mi pobre Croniamantal -dijo el pájaro de Benin- es un simple plagio de Fr.nc.s. J.m.m.s.⁷

-No hay tal -respondió el poeta-. Pero de todos modos, ya no haré más poesía pura. Ya ves adónde voy a parar por tu culpa. En adelante escribiré para el teatro.

-Mejor sería que fueses a ver a la chica de que te he hablado. Te conoce y parece que está chillada por ti. La encontrarás en el bosque de Meudon, el jueves que viene, en el sitio que ya te diré. La conocerás por la comba que tendrá en la mano. Se llama Tristusa Bailarincilla.

-Está bien -dijo Croniamantal-, iré a ver a Bailarincilla y me acostaré con ella, pero antes de nada quiero ir a los Teatros para presentar mi obra Ieximal Jelimita, que escribí en tu estudio el año último mientras me atracaba de limones.

-Haz como gustes, amigo mío -dijo el pájaro de Benin-; pero no te olvides de Tristusa Bailarincilla, tu futura esposa.

-Bueno -replicó Croniamantal-; pero aún quiero rugir una vez más el argumento de Ieximal Jelimita. Escucha:

“Un individuo compra un periódico a orillas del mar. De una casa con jardín sale un soldado que tiene por manos ampollas eléctricas. De un árbol baja un gigantón de tres metros de alto. Zarandea al vendedor de periódicos, que es de yeso y se hace trizas. En aquél momento llega un juez. Con una navaja de aféitar mata a todo el mundo; pero en esto, un zancarrón que en aquél instante pasa por allí dando brincos, acaba con el juez de un puntapié en las narices, y canta una tonadilla preciosa.”

-¡Qué maravilla! -dijo el pájaro de Benin-. Yo he de pintarrajear las decoraciones: me lo has prometido.

-Ni qué decir tiene -respondió Croniamantal.

⁷ Francis Jammes (N. del T.)

XI DRAMATURGIA

Al día siguiente fue Croniamantal a verse con los Teatros, que estaban reunidos en el domicilio del señor Pingu, el financiero. Croniamantal logró pasar a su presencia untándoles la pata al portero y al bombero de servicio. Y sin la menor timidez entró en la sala, donde los Teatros, sus acólitos, sicarios y secuaces hallábanse reunidos.

CRONIAMANTAL

Señores Teatros, vengo a leerles mi obra leximal Jemilita.

LOS TEATROS

Por favor, aguarde un poco, caballero, hasta que se haya puesto al corriente de nuestras costumbres. Está usted entre nosotros, entre nuestros actores, nuestros autores, nuestros críticos y nuestros espectadores. Escuche con atención y no interrumpa.

CRONIAMANTAL

Caballeros, muchas gracias por la cordial acogida que me dispensan. Seguro estoy de que lo que aquí oiga me será de mucho provecho.

EL ACTOR

Mis papeles han durado lo que duran las rosas. Pero mi madre gusta de mis metempsicosis, ¡Oh, focas de Proteo y sus metamorfosis!

UN EMPRESARIO-VIEJO

¡Recuerda usted, señora! Una noche de nieve del año 1832 un desconocido extraviado llamó a la puerta de una villa sita en el camino que va de Chanteboun a Sorrento...

EL CRITICO

Hoy, para que una obra tenga éxito, es de mucha monta el que no la firme su autor.

EL JUGLAR A SU OSO

Echale en el suelo.
Hazte el rnuerto... Saca la teta.
Báfiate una polka... Menea la cadera.

CORO DE BEBEDORES

Zumo de la uva
Licor de la cuba
Bebamos bebamos
Mientras podamos

CORO DE TRAGALDABAS

Hato de glotones
Ya no hay migajones
Ni una migajita
En la fuentecita

CORO DE BEBEDORES

Carotas encarnadas
Bebamos bebamos
El zumo de las parras

R.D. R.D. K.PL.NG. EL ACTOR, LA ACTRIZ, LOS AUTORES AL PUBLICO
¡Paga! ¡Paga! ¡Paga! ¡Paga! ¡Paga! ¡Paga!

EL PREDICADOR

El teatro, amados hermanos míos, es una escuela de escandalo, un lugar de perdición para las damas y los cuerpos. En el teatro, y de ello pueden dar fe los tramoyistas, todo es truco. Brujas más antañonas que Morgana hácense pasar en las tablas por doncellicas de quince abriles.

¡Cuánta sangre no se vierte en los melodramas! En verdad os lo digo, por más que no

sea verdadera, esa sangre caerá por partes alcuotas sobre las cabezas de los hijos de los autores, actores, directores de escena y espectadores, hasta la séptima generación. Ne mater- suam -decían antiguamente las mocitas solteras a sus madres-. Hoy día salen preguntando: “¿Vamos a ir al teatro esta noche?”

En verdad os lo digo, hermanos míos. Pocos son los espectáculos en que el alma no corre riesgo. Aparte el espectáculo de la naturaleza, sólo se puede visitar sin peligro la barraca del pedomano. Este último espectáculo, amados hermanos míos, es muy galo y muy saludable. El ventoseo dilata el bazo y echa a Satanás de los rincones donde se alberga; por ese medio lograban los padres del desierto exorcisarse a sí mismos.

LA MADRE DE UNA ACTRIZ

¿Ventoseas tú, Carlota?

LA ACTRIZ

No, mamá; yo regüeldo.

EL SENOR MAURICIO BOISSARD

¡Miren qué entrañas tienen hoy las madres!

UN AUTOR QUE TIENE UNA OBRA ADMITIDA EN LA COMEDIA FRANCESA

Amigo mío, me parece que no está muy ducho. Voy a enseñarle el sentido de algunas palabras del vocabulario teatral. Escúchelas atentamente y guárdelas, si puede, en la memoria.

Aqueronle. - Río de los Infiernos, y no del infierno.

Artistas (de ambos sexos). - Sólo se emplean refiriéndose a un cómico o una cómica.

Hermano. - Húyase de añadir a este, sustantivo el calificativo de “menor”. El adjetivo “joven” es más adecuado.

Nota bene. - Esta observación no se aplica a la opereta.

High-life. - Esta locución harto francesa tradúcese en inglés por “Fashionable people”.

Amistades. - Son siempre peligrosas en el teatro.

Papa.⁸ Dos negaciones equivalen a una afirmación.

Manzanas cocidas (no se emplea en singular). - Crudeza nociva para el estómago.

Psch. - Esta expresión, ya anticuada, reemplazaba con ventaja hace veinte años a la frase de Cambronne.

¿Quiere usted que le dé también algunos títulos? Son de mucha monta cuando se aspira al éxito. Helos aquí, infalibles:

EL CONTORNO; El torno, EN TORNO; Luisita, múdate de camisa; ANDA DESPACIO, QUE TENGO PRISA; La cantina tentacular, LA BRUJA; La güelfa; VOY A MASCARTE LA NUEZ; Príncipe mío, LA ALCACHOFA; La escuela de los notarios, EL PEBETERO.

Hasta la vista, caballero; no me dé usted las gracias.

UN GRAN CRITICO

Señores, vengo a someter a la aprobación de ustedes la reseña del triunfo de anoche. ¿Están listos? Pues atención, que ya empiezo:

“EL PUÑO Y EL PUÑETAZO”

Obra en tres actos, de los señores Julián Tandis, Juan de la Fente, Prosper Mordus y la señora Natalia de l’Angunois, Juana Fontaine y la condesa M. des Etanges. Decoraciones de los señores Alfredo Mone, León Minie y Al. de Lemere. Vestuario de la casa Juanita; sombreros de la casa Guillermina; mobiliario de la casa Herstein; paños higiénicos de la casa Van Feuler y etc.

Os acordaréis de aquél esclavo que osó ventosear delante de Sesostris. No conocía yo situación más patética antesde haber visto la obra de los señores etcétera y de las señoras etc.

Quiero hablar de la escena que hizo tanto efecto la noche del estreno, y en la que el financiero Prominoff se tira un pedo en presencia del juez de instrucción.

La obra, que es buena, no ha dado de sí por lo demás todo lo que de ella se esperaba. La esposa cortesana que hace su caldo gordo con la verde vejez de un destilador de mosto, constituye sin embargo una figura inolvidable, que deja muy a la zaga a Cleopatra y a la señora de Pompadour. El señor Layol es un buen cómico. Ha demostrado ser un padre de familia en toda la extensión de la palabra. La señorita Juanita Letrou, una joven que promete ser una estrella el día de mañana, tiene unas pantorrillas muy bonitas. Pero la revelación de la obra fue la señora de Perdreau, cuyo sensible corazón ya conocíamos. Mimó con la más patética naturalidad la escena de la reconciliación. Una hermosa

velada, en suma, y la perspectiva de un beneficio al llegar a las cien representaciones.

LOS TEATROS

Jovencitos, vamos a decirle algunos argumentos de obras. Si llevasen firmas conocidas, las representaríamos; pero son obras maestras de desconocidos que nos las dejaron para que las leyéramos, y, que en atención a usted y a su linda cara le vamos a regalar.

Obra de tesis. - El príncipe de San Meco cógele a su mujer un piojo en la cabeza, y le arma un escándalo. Desde hace seis meses la princesa no duerme sino en compañía del vizconde de Dendelope. Marido y mujer recrimínanle su conducta al vizconde que, como en el tiempo indicado no se ha metido en la cama sino con la princesa y la señora de Lafoulue, mujer de un subsecretario, tumba al ministerio y abrumba con todo su desdén a la señora de Lafoulue.

La señora de Lafoulue ármale un escándalo al marido; pero al fin se aclara todo con la llegada del señor Bibier, el diputado. Este se rasca la cabeza. Espúlganle y encuéntranle piojos. El diputado acusa a sus electores de ser unos piojosos. Por último, se, arregla todo. Título: EL PARLAMENTARISMO.

Comedia de caracteres. - Isabel Leufaucheux prométele a su esposo serle fiel. Pero luego recuerda que le ha prometido lo mismo a Julio, dependiente de ultramarinos. La pobre mujer sufre por no poder otorgar su fe y su amor.

Pero Lefaucheux pone a Julio de patitas en la calle. Este acontecimiento determina el triunfo del amor, y nos volvemos a encontrar a Isabel de cajera en un gran bazar en el que Julio está también colocado. Título: ISABEL LEFAUCHEUX.

Obra histórica. - El famoso novelista Stendhal es el alma de un complot bonapartista que termina con la heroica muerte de una cantante muy joven durante la representación de DON JUAN en la Scala de Milán. Como Stendhal oculta su nombre con un seudónimo, sale del paso sin mayor tropiezo. Grandes cortejos, personajes históricos.

Opera. - El asno de Buridán no se decide a saciar su sed y su hambre. La burra de Balaam profetiza la muerte del asno. Llega el asno de oro, y come y bebe. Piel de asno muestra su desnudez a aquel asnal rebaño. Al pasar por allí, el rucio de Sancho considera oportuno acreditar sus fuerzas raptando a la infanta, pero el traidor Melo avisa de lo ocurrido al genio de la Fontaine. El cual declara sus celos y le sienta las costillas al asno de oro. Metamorfosis. El príncipe y la infanta hacen su retirada a caballo. El rey abdica en su favor.

Obra paniótica. - El Gobierno sueco intenta formarle a Francia un proceso por falsificación de las cerillas suecas. En el último acto salen a relucir los restos exhumados con este motivo de un alquimista del siglo XIV que inventó esas cerillas en La Ferté-Gaucher.

Comedia - vodevil:

El guapo Automedonte

decíale a su vecina:

Si me enseñas tu salón,

te enseñaré mi cocina.

Ahí tiene usted con qué alimentar una vida entera de dramaturgo, caballero.

EL SEÑOR LACOUFF, ERUDITO

Joven, conviene conocer también anécdotas teatrales, pues alimentan agradablemente la conversación de un autor dramático novel. Oiga usted algunas.

El gran Federico tenía costumbre de mandar darles azotes a las actrices. Opinaba que la flagelación comunica a su tez un color sonrosado que no carece de atractivos.

En la corte del Gran Turco representan el RICACHO ENNOBLECIDO, pero adaptado al gusto cortesano, y el mamamuchi lo sustituyen por un caballero de la orden de la Jarretera.

Cecilia Vestris, cierto día que viajaba con rumbo a Mayenza, tropezóse en el camino con el famoso bandolero Renano Schinderhannes, el cual mandó parar su diligencia. Hizo la pobre de tripas corazón y estuvo bailando un rato para contentar a Schinderhannes, en la sala de una fonda.

Ibsen estaba acostado una vez con una española, que en el momento crítico púsose a gritar:

-¡Toma!... ¡Toma!... ¡Autor dramático!...

Un actor erudito díjome una vez que sólo le satisfacía una estatua: -"El escriba en cuclillas", esculpido por un egipcio mucho antes de Jesucristo, y que se encuentra en el

Louvre... Pero se empieza a hablar ya menos del señor Scribe. Y, sin embargo, todavía reina en el teatro.

LOSTEATROS

No olvide la escena por hacer, ni la frase final, ni que mientras más pateos más pata, ni que un número detenido ha de rematar en 7 ó en 9 para resultar verosímil, ni se propase a prestarle dinero a quien dice: "Tengo cinco actos en el Odeón" o "tengo tres actos en la Comedia Francesa". Pero no pierda ocasión de decir, como al desdén: "Si quiere usted entradas de favor, yo tengo tantas, que, me veo obligado a dárselas a mi portera." Eso no compromete a nada.

En aquella sazón apareció un jovenzuelo cantando, con gestos equívocos, unas tonadillas muy raras, sobre aires lascivos, estúpidos y contagiosos.

EL SEÑOR PINGU

¡Qué jugo, señor, qué jugo!

EL SEÑOR LACOUFF

¡Jugo de sesos!

EL SEÑOR PINGU

¡No, es que me he equivocado! ¡Quise decir qué fluido! Se menea como la panza de un arzobispo.

EL SEÑOR LACOUFF

Emplee usted la palabra propia. No se trata de la panza.

EL SENOR PINGU

¡Qué juego, señor, qué juego! enternecería a un cocodrilo, y tiene con qué, dar gusto lo mismo a un erudito que a un financiero.

CRONIAMANTAL

Hasta la vista, señores; reconózcanme por un servidor. Y si ustedes me lo permiten, volveré por aquí dentro de unos días. Me parece que aún tengo que darle algunos toquecitos a mi obra.

⁸ Juego de palabras. "Pas", en francés, es partícula negativa, y se pronuncia "pa" (N. del Editor).

XII AMOR

Aquella mañana de primavera, Croniamantal, siguiendo las instrucciones del pájaro de Benin, fuese al bosque de Meudon y se tumbó a la sombra de un árbol de ramas muy rastreras.

CRONIAMANTAL

¡Dios mío! Estoy rendido, no de andar, sino de estar solo. Tengo sed, pero no de vino, ni de hidromiel, ni de cerveza, sino de agua, de agua fresca en este lindo bosque donde la hierba y los árboles cuentan con el rocío de cada alborada; pero ningún regato calma la sed del caminante sediento. El paseo me ha abierto el apetito, tengo hambre; pero no de carne, ni de fruta, sino de pan, del buen pan amasado y henchido como los pechos de una mujer, el pan redondo como la luna y como ella dorado.

Al llegar a aquel punto levantóse Croniamantal, internóse en el bosque y llegó al claro donde había de encontrarse con Tristusa Bailarincilla. Aún no estaba allí la muchacha, y ansioso Croniamantal por encontrar una fuente, su voluntad, o más bien un talento de alumbrador de fuentes que él mismo ignoraba, hizo brotar un agua limpísima que empezó a correr por entre la yerba.

Hincóse Croniamantal de rodillas y bebió ávidamente, mientras una voz femenina cantaba a lo lejos:

Larán larán larán
Es la hija del rey
Que ha ido a beber a la fuente
Larán larán larán
Por los prados mojados que ya están verdes
A la fuente
Vendrá o no vendrá
Ahí está Croquemitana
Que viene hacia la fuente
Larán larán no avancéis mas

CRONIAMANTAL

¿Piensas tú ya en la cantora? Te ríes medianamente de ese claro del bosque. ¿Imaginas que la han hecho redonda, como una mesa redonda, por la igualdad de los hombres y de las semanas? ¡No, Croniamantal! De sobra sabes que los días no se parecen.

Alrededor de la tabla redonda, los valientes no son iguales; el uno tiene la cara al sol, que le deslumbra y no le deja sinó para deslumbrar a su vecino, mientras el otro disfruta de sombra. Todos son esforzados, y tú también lo eres; más tan iguales son entre sí como el día y la noche.

LA VOZ

Croquemitana
Trae la rosa y las lilas
El rey llega -Buenos días, Germana
-Croquemitana
Volverás otro día

CRONIAMANTAL

Siempre es irónica la voz de la mujer. ¿Por ventura hace siempre un tiempo tan hermoso? Alguno se habrá condenado ya en mi lugar. Hace buen tiempo en el bosque profundo. No escuches la voz de la hembra.

LA VOZ

-Buenos días, Germana
Vengo a amar en tu regazo
-¡Ah, Señor! La vaca está preñada
-¿De veras Germana?
-Y creo que a tu sierva le ocurre otro tanto

CRONIAMANTAL

La que así canta para atrarrme será tan ignorante como yo y bailará con remilgos.

LA VOZ

La vaca está preñada
Cuando venga el otoño parirá
Adiós reyecito mío larán larán larán
La vaca está preñada
Y mi corazón sin ti cría telarañas.

Irguióse Croniamantal, de puntillas, por ver si veía venir a la que tanto deseaba.

LA VOZ

Larán larán larán
En la fuente hace mucho frío
Mas cuando venga Croquemitana
Larán larán larán
Cuando pase el invierno mucho menos hará

Apareció en el claro del bosque una muchachita esbelta y morena. Tenía la cara mustia y estrellada por unos ojos inquietos como pajarillos de lustroso plumaje. El pelo suelto, pero corto, dejaba ver su nuca. Eran sus cabellos poblados y negros como una selva nocturna, y en la comba que en la mano tenía reconoció Croniamantal que aquélla era su Tristusa.

CRONIAMANTAL

¡No andes más, muchacha de desnudos brazos! Yo te saldré al encuentro. Alguien calla bajo el pino albar y podría oírnos.

TRISTUSA

Aqué! que salió del huevo como un Tindarida. Me acuerdo de él; mi madre, que es muy sencilla, me lo nombra algunas veces en las largas veladas. El buscador de huevos de serpiente, hijo de serpiente él también. Téngoles miedo a esos recuerdos rancios.

CRONIAMANTAL

¡No pases ningún temor, doricellica de desnudos brazos!
Estáte aquí conmigo. Tengo henchidos de besos los labios. Aquí los tienes, aquí los tienes. Los vuelco sobre tu frente y sobre tus cabellos. Muerdo tus cabellos de antiguo perfume. Muerdo tus cabellos que se enroscan como los gusanos al cuerpo de la muerte. ¡Oh, muerte! ¡Oh, muerte, velluda de gusanos! Los besos se me salen de los labios. Aquí los tienes, aquí los tienes, sobre tus manos, sobre tu cuello, sobre tus ojos, sobre tus ojos, sobre tus ojos. Los labios me rebosan besos; aquí los tienes, aquí los tienes, ardientes como la fiebre, recalcados para embrujarte; besos, besos locos, en las orejas, en las sienes, en las mejillas. Siente la fuerza de mis apretones, doblégate bajo el brío de mi brazo, ríndete, ríndete, ríndete. Tengo besos en los labios; aquí los tienes, aquí los tienes, locos sobre tu cuello, sobre tu pelo, sobre tu frente, sobre tus ojos, sobre tu boca. ¡Cuánto quisiera amarte en este día de primavera, en que ya no quedan flores en las ramas, que se aprestan a cargarse de frutos!

TRISTUSA

¡Déjeme, váyase! Los que bien se quieren son dichosos. Pero yo no le quiero. Me infunde usted miedo. Pero no pierda las esperanzas, ¡oh, poeta! Escuche mi mejor proverbio: ¡Vete!

CRONIAMANTAL

¡Ay, ay! Andar más todavía, seguir hasta que me detenga el océano, siempre adelante, por entre malezas, pinares, charcas, ciénagas y polvaredas; por entre selvas, prados, huertas y venturosos vergeles.

TRISTUSA

¡Vete! ¡Vete lejos de la fragancia antigua de mis cabeflos, oh, tú que ya me perteneces!

Y Croniamantal se fue de allí, sin volver la cabeza; por algún tiempo aún se le pudo ver por entre los árboles, pero cuando se hubo perdido de vista todavía se oyó su voz, que poco a poco se esfumaba.

CRONIAMANTAL

Caminante sin báculo, peregrino sin bordón, mesa escritorio, soy el menos poderoso de los hombres, nada tengo ya ni nada sé...

Y ya su voz no llegaba a los oídos de Tristusa, que se estaba mirando en la fuente.

En otro tiempo, unos monjes desbrozaban la selva de Malverne.

MONJES

El sol declina poco a poco, y bendiciéndote, Señor, nos retiramos al monasterio para acostarnos, a fin de que el alba nos coja ya en la selva.

LA SELVA DE MALVERNE

Todos los días, todos los días, voleteos aturcidos de pájaros asustados echan por tierra los nidos, cuyos huevos se estrellan cuando los árboles se estremecen sacudiendo sus ramas.

LOS PAJAROS

Es el alegre instante del crepúsculo, cuando vienen a retozar sobre la yerba mozas y mozos. Y todos traen besos que están a punto de caer, como frutos demasiado maduros o como el huevo en sazón. Vedlos, vedlos como brillan y retozan y cantan la canción del obscurecer a la aurora, su blanca hermana.

UN MONTE COLORADO (en nedio del cortejo)

Tengo miedo a la vida y quisiera morir. ¡Emociones de la tierra! Trabajo, tiempo perdido...

LOS PAJAROS

¡Oh! ¡Oh! Los huevos cascados
La tortilla hehecita la han fito sobre un fuego fatuo

¡Por aquí por aquí!
Echa por la derecha
Vuelve hacia la izquierda
Sigue hacia delante
Tras esa encina caída
¡Por allí! ¡Por allí!

CRONIAMANTAL (en otros tiempos y cerca del bosque de Malverne, poco antes del paso de los monjes.)

Los vientos se apartan a mi paso, los bosques tiéndense para formar una sola senda larga, con carroñas acá y allá. Los caminantes tópanse desde hace algún tiempo con muchas carroñas, carroñas locuaces.

EL MONJE COLORADO

No quiero trabajar más, quiero soñar y orar.

Acostóse con la cara vuelta al cielo, sobre el camino orlado de sauces color de bruma.

Llegó la noche con el claro de luna. Croniamantal vio a los monjes inclinados sobre el indolente cuerpo del hermano. Oyó entonces un leve quejido, un débil grito que murió en un postrer sollozo. Y lentamente pasaron uno detrás de otro por delante de Croniamantal, que estaba escondido en una saucedá.

LA SELVA FLORIDA

Me gustaría extraviar a ese hombre entre los espectros que vagan por entre los álamos blancos. Pero huye hacia el tiempo que viene, de donde helo ya de vuelta.

Un estrépito de puertas remotas convirtiéndose en el fragor de un tren en marcha. Una ancha senda, tapizada de hierba, obstruida por troncos de árboles, orlada de enormes pedrusco. La Vida se suicida. Un camino por el que pasa gente. Una gente que nunca se cansa. Subterráneos de ambiente hediondo. Cadáveres. Voces llamando a Croniamantal, que corre, corre y baja.

Por el lindo bosque, Tristusa paseábase medita-bunda.

TRISTUSA

Mi corazón está triste sin tí, Croniamantal. Te amaba sin saberlo. Todo verdea. Todo

verdea sobre mi frente y a mis pies. He perdido a quien amaba. Tendré que buscar por aquí, por allí, por acá y por allá. Y entre tantos y tantos, no dejará de haber alguno que me agrade.

De vuelta de los otros tiempos, Croniamantal exclamó antes de ver a Tristusa, y al ver de nuevo la fuente:

CRONIAMANTAL

Deidad, ¿quién eres? ¿Dónde está tu forma eterna?

TRISTUSA

Helo ahí más guapo que antes y que todos... Escucha, ¡oh, poeta!: en adelante seré tuya...

Sin mirar a Tristusa inclinóse Croniamantal hacia la fuente.

CRONIAMANTAL

Amo las fuentes; son un hermoso símbolo de inmortalidad cuando no se agotan. Jamás se agotó ésta. Y yo ando buscando una deidad, pero quiero que me parezca eterna.. Y mi fuente nunca se agotó.

TRISTUSA

¡Oh, poeta!, ¿adoras en la fuente? ¡Oh, Dios mío, devuélveme a mi amante! ¡Ven! ¡Sé unas canciones preciosas!

CRONIAMANTAL

La fuente tiene su murmurio.

TRISTUSA

Bueno. ¡Pues anda y acuéstate con tu amante fría! ¡Que ella te ahogue! Pero si vives, me perteneces y me obedecerás.

Y se fue, y por en medio del bosque de gorjeantes pajarillos corría la fuente y murmuraba, en tanto elevábase la voz de Croniamantal, que lloraba, y cuyas lágrimas mezclábanse con la adorada linfa.

CRONIAMANTAL

¡Oh, fuente! Tú que manas como una sangre inagotable. Tú que eres fría como el mármol, pero viva, transparente y fluida. Tú, siempre nueva y siempre igual. Tú que das vida a tus verdegueantes riberas, óyeme, te adoro. Tú eres mi deidad sin segunda. Tú saciarás mi sed. Tú me purificarás. Tu susurrarás en mis oídos tu eterna canción y me adormecerás al caer la tarde.

LA FUENTE

En el fondo de mi angosto lecho, lleno de un oriente de gemas, te oigo con agrado, ¡oh, poeta, hechizado por mí! Recuerdo un Avallón donde hubiéramos podido vivir, tú como el rey Pescador y yo aguardándote bajo los pomares. Pero yo soy feliz en mi angosto lechopreciado. Estas amatistas me recrean la mirada. Este lapislázuli es más azul que un cielo hermoso. Esta malaquita se me antoja una pradera. Sardónica, ónix, ágata, cristal de roca, esta noche fulguraréis. Porque quiero dar una fiesta en honor de mi amante. Acudiré a ella sola, como cuadra a una virgen. De mi amante el poeta, el poder manifestóse ya, y sus presentes son gratos a mi corazón. Me ha regalado sus ojos llorosos, dos fuentes adorables y tributarias de mi raudal.

CRONIAMANTAL

¡Oh, fuente fecundante, tus aguas semejan tu cabellera! A tu alrededor nacen las flores, y nosotros nos amaremos siempre.

No se oía mas que el canto de los pajarillos y el rumor de la enramada, y de cuando en cuando el ruido que hacía un pájaro jugando con el agua.

De pronto asomó por el bosquecillo Paponato el argelino, el cual llegóse a la fuente a paso de baile.

CRONIAMANTAL

Te conozco. Eres Paponato, que estudiaste en Oriente.

PAPONATO El mismo soy. ¡Oh, poeta de Occidente, vengo a visitarte! He sabido tu conversión, pero también he oído decir que todavía se puede hablar contigo. Nada de

extraño tiene que te hayas puesto ronco y necesites un calcófono para aclararte la voz.
Me he acercado a ti bailando. ¿No habría medio de sacarte de la situación en que te encuentras?

CRONIAMANTAL

¡Brr! Pero dime, ¿quién te ha enseñado a bailar?

PAPONATO

Los ángeles en persona fueron mis maestros de baile.

CRONIAMANTAL

¿Los ángeles buenos o los, malos? Pero lo mismo da, no insistas. Estoy hasta la coronilla de danzas, menos de una que quisiera poder bailar todavía, la que los griegos llamaban cordax.

PAPONATO

A lo que veo estás de buen humor, Croniamantal; así que hemos de pasar un buen rato. Me alegro la mar de haber venido. Me perezco por la alegría, ¡Soy feliz!
¡Y Paponato, de ojos relucientes, profundos e inquietos, restregóse riendo las manos.

CRONIAMANTAL

¡Te pareces a mí!

PAPONATO

Sí, un poquillo nada más. Porque yo gozo de la vida, mientras tú te pasas el tiempo dando las boqueadas a la vera de una fuente.

CRONIAMANTAL

¿Pero te olvidas de la ventura que proclamas? Y de la mía, ¿te olvidas? Tú te me pareces. El hombre feliz se restrega las manos, como tú has hecho. Huéletelas. ¿A qué te huelen?

PAPONATO

A muerto.

CRONIAMANTAL

¡Ja,Ja,ja,ja!... ¡El hombre feliz echa el mismo hedor que un muerto! Restrégate las manos.

¡Qué diferencia entre el hombre dichoso y un cadáver! Yo también soy feliz, sino que no quiero restregarme las manos. Sé tu feliz y restrégate las manos. Sé feliz. ¡Más todavía!.. ¿Conoces ahora a qué huele la dicha?

PAPONATO

¡Adiós! Si no atiendes a los vivos, no hay forma de hablar contigo un rato.

Y mientras Paponato se alejaba en la sombra, donde refuigían los incontables ojos de las bestias celestes, de carnes impalpables, levantóse Croniamantal pensando:

-Basta ya de la naturaleza y de los recuerdos que evoca. Ahora ya sé bastante de la vida; volvámonos a Paris y veamos de encontrar allí a esa Tristusa Bailarincilla, que me ama con locura.

XIII MODA

Al volver Paponato una noche del bosque de Meudon, adonde fuera en busca de aventuras, llegó precisamente con los minutos contados para tomar el último vapor. Y tuvo la suerte de encontrarse allí con Tristusa Bailarincilla.

-¿Cómo está usted, señorita? -díjole-. He visto en el bosque de Meudon a su amante, el señor Croniamantal, que lleva trazas de volverse loco.

-¿A mi amante? -respondió Tristusa-. No hay tal cosa.

-Pues eso dicen desde ayer en los círculos literarios y artísticos.

-Podrán decir lo que quieran -replicó con entereza Tristusa-. Aunque, después de todo, no tendría por qué abochornarme de tal amante. ¿No es guapo y no tiene mucho talento?

-Es verdad. Pero ¡qué sombrero tan bonito y qué falda tan bonita lleva usted! Me intereso mucho por la moda.

-Usted siempre tan elegante, señor Paponato. Deme usted las señas de su sastre y se las transmitiré al señor Croniamantal.

Sería inútil. No haría uso de ellas. Pero dígame, ¿que se estila para las señoras este año? Acabo de llegar de Italia y no estoy al corriente. Tenga la bondad de informarme.

-Este año -dijo Tristusa- es la moda extraña y familiar, sencilla y llena de fantasía. Las materias todas de los diferentes reinos de la naturaleza pueden entrar ahora en la composición de un traje femenino. He visto hoy un traje monísimo, hecho de tapones de corcho. Seguramente no valía menos que los trajes de tela lavable que hacen furor en los estrenos. Un gran modisto está pensando en lanzar los trajes sastres con lomos de libro viejo, encuadernados en piel de becerro. Es una idea encantadora. Todas las literatas podrán llevar esos trajes, y los hombres podrán acercárselas y hablarlas al oído so pretexto de leer los títulos. Las raspas de pescado se estilan mucho en los sombreros. Se ven muchachas deliciosas vestidas de peregrino de Santiago de Compostela; llevan el traje, como es natural, salpicado de conchas de Santiago. También han hecho su brusca aparición en la indumentaria la porcelana, el asperón y la loza. Esas materias se usan para cinturones, para agujones de sombreros, etc., y he tenido ocasión de ver una redecilla admirable, compuesta enteramente con ojos de cristal como los que se ven en las tiendas de óptica. Las plumas sirven ahora para decorar, no sólo el sombrero, sino también el zapato y el guante, y el año que viene se estilará llevarlas en la sombrilla. Hoy se hace calzado de cristal de Venecia y sombreros de cristal de baccará. Y no quiero decirle nada de las faldas pintadas al óleo, de las lanas de color subido y las faldas caprichosamente salpicadas de tinta. Para la primavera estarán en todo su apogeo los trajes de bohiga inflada, formas agradables, ligereza y distinción. Nuestras aviadoras no llevarán otra cosa. Para las carreras tendremos el sombrero "pelota de chico", compuesto de unos veinte balones, que producen un efecto muy suntuoso y, a veces, detonaciones muy chuscas. La concha de almeja sólo se estila en el calzado. Repare en que empezamos a vestirnos de animales vivos. He visto hoy a una señora que llevaba en el sombrero veinte pajarillos; jilgueros, verderones y petirrojos, que, sujetos por una jarilla, cantaban aleteando. En la última fiesta de Neuilly, el tocado de cabeza de una embajadora consistía en unas treinta culebras. "¿Para quién son esas bichas que llevas en la cabeza?", preguntaba la dama con su acento dacio un agregadillo rumano que tiene fama de ser afortunado con las señoras. Olvidaba decirle a usted que el miércoles último tuve ocasión de ver en los bulevares a una señora vestida de espejuelos aplicados y sobrepuestos al tejido. Al pasar por el sol la dama, el efecto era suntuosísimo. Hubiérase dicho una mina de oro que había salido a darse un paseo. Pero luego empezó a llover, y entonces semejaba la dama una mina de plata. Las cáscaras de nuez son muy adecuadas para formar con ellas colgantes, sobre todo salteándolas con avellanas. Las faldas recamadas de granos de café y de clavo, cáscaras de ajo, telas de cebolla y pasas se usarán mucho para ir de visita. La moda se vuelve práctica y nada desperdicia, ennobleciéndolo todo. Hace con los materiales lo que los románticos hicieron con las palabras.

-Muchas gracias -dijo Paponato-. Me ha informado usted de un modo encantador.

-Es usted muy amable -respondió Tristusa.

XIV ENCUENTROS

Transcurrieron seis meses. Hacía cinco que Tristusa Bailarincilla era la querida de Croniamantal, a quien amó con locura cinco días. A cambio de ese amor, el lírico mozo hízola gloriosa e inmortal para siempre, celebrándola en poemas maravillosos.

-Era desconocida -pensaba ella-, y él me ha hecho ilustre entre todas las mujeres.

Casi todos me tenían por fea, porque soy flaca y tengo la boca de espuerta, y los dientes podridos, y la cara asimétrica, y la nariz torcida. Y heme ahora ya hermosa, y todos los hombres me lo dicen. Se burlaban de mi modo de echar el paso, hombruno y desgarrado, y de mis codos puntiagudos, que movía al andar como patas de gallina. Pues ahora resulto tan airosa que hasta me imitan las demás mujeres.

¡Qué milagros no obra el amor de un poeta! ¡Pero qué pesado no es también el amor de los poetas! ¡Cuántas tristezas le acompañan y cuántos silencios que sufrir! Pero ahora, el milagro ya está hecho. Yo soy hermosa y gloriosa.

Pero Croniamantal es feo; en poco tiempo se ha comido toda su hacienda; no tiene un cuarto ni pizca de elegancia; está siempre de pésimo humor y con solo un ademán que haga se granjea mil enemigos.

Ya no le quiero; no le quiero ya.

No me hace falta maldita, con mis adoradores me basta. Voy a irme separando de él poco a poco. Pero esas lentitudes me queman la sangre. Tendré que irme o quitarme de en medio, para que no me moleste, ni me venga con quejas.

Y al cabo de ocho días era ya Tristusa la querida de Paponato, aunque seguía visitando a Croniamantal, con el que se mostraba cada vez más fría. Cada vez iba a verle más de tarde en tarde, y Croniamantal se desesperaba más y más, y se enamoriscaba más y más de Tristusa, y no gozaba de buen humor sino cuando la tenía a su lado, y los días que ella no iba a verle se pasaba las horas muertas de plantón delante de su casa, con la esperanza de verla salir, para echar a correr como un ladrón en cuanto ella asomaba, por temor a que lo acusase de estarla espiondo.

Bebiendo así los vientos detrás de Tristusa fue como Croniamantal continuó su carrera literaria.

Un día que vagaba por París, hallóse de pronto a orillas del Sena. Atravesó un puente y anduvo algún rato todavía, cuando, al toparse inopinadamente de manos a boca con el señor Coppée, lamentó Croniamantal que aquel transeúnte⁹ hubiese muerto. Pero nada se opondrá que hablemos con un difunto, y aquél encuentro era agradable.

-¡Vaya! --dijose Croniamantal-, para un transeúnte es otro transeúnte, y nada menos que él autor del TRAN- SEUNTE. Es un rimador hábil e ingenioso, dotado del sentido de la realidad. Hablemos con él del verso.

El poeta del TRANSEUNTE estaba fumando un cigarrillo negro. Vestía de negro, negra era su cara; manteníase extrañamente erguido sobre un pedrusco, y por su aire pensativo comprendió Croniamantal que estaba haciendo versos. Llegóse a él, y después de saludarle díjole a quemarropa:

-Querido maestro, ¡qué pensativo está usted!

El otro respondióle con toda cortesía:

-Es que mi estatua es de bronce. Y me expone a cada paso a desprecios. De suerte que el otro día,

A l pasarjunto a mí el negro

Afligióse de ier que mi estatua es más negra

Vea qué bien me ha salido el pareado. Estoy en vías de perfeccionar el verso. ¿Ha notado usted lo bien que rima a la vista el dístico que acabo de recitarle?

-Efectivamente --dijo Cronlamantal-, porque se pronuncia SAM MAC VI, de igual modo que se dice SHEKSPIR.

-Oiga usted ahora esto, que le gustará más -siguió diciendo la estatua:

En el zócalo, al punto que pasó junto a mí,

Escribió sus tres nombres el negro San Mac Vea¹⁰

Este es un refinamiento que ha de seducirle. Es la rima rica para el oído.

-Me ilustra usted sobre la rima -dijo Croniamantal, Y celebro mucho haberle

encontrado a usted al pasar.

-Es mi primer éxito -respondió el poeta metálico-Sin embargo, acabo de componer un poemita que lleva el mismo título; se trata de un caballero que pasa el TRANSEUNTE, por el pasillo de un coche de ferrocarril y divisa a una mujer muy bonita, con la que, en vez de seguir sencillamente hasta Bruselas, se detiene en la frontera holandesa.

Pasaron por lo menos diez días en Rosendael
Guslábale a ella lo real y lo ideal a él
En todo era él de ella diferente
Así que conocieron el amor por consiguiente

Me permito recomendarle los dos últimos versos, porque aunque riman ricamente¹¹ contienen una disonancia mered a la cual resalta delicadamente el contraste entre el sonido lleno de las rimas masculinas y la morbidez de las femeninas.

-Querido maestro -díjole yo más alto-. Hábleme del verso libre.

-¡Viva la libertad! -gritó la estatua de bronce.

Y después de hacerle un saludo, siguió Croniamantal adelante con la esperanza de encontrar a Tristusa.

Otro día paseaba Croniamantal por los bulevares; no había acudido Tristusa a una cita, y el poeta esperaba encontrarla en un té a la moda donde solía ir la joven con algunos amigos. Al volver la esquina de la calle de Le Peletier, acercósele un caballero que llevaba a la cabeza una gorrita gris perla y le dijo:

-Caballero, voy a reformar las letras. He encontrado un tema sublime. Se trata de las sensaciones experimentadas por un joven bachiller, bien educado, que suelta un ruido incalificable en una reunión de damas y damiselas de la buena sociedad.

Croniamantal, ponderando la novedad del asunto, comprendió al momento cuánto se prestaba para poner de realce la sensibilidad del autor.

Croniamantal alejóse de allí.. Una dama le fue pisando los talones. Era escritora, y no tardó en manifestarle que aquel encuentro o choque le daría asunto para un cuentecito muy delicado.

Arrancó a correr Croniamantal, echando el bofe, y no paró hasta dar con sus huesos en el Puente de los Santos Padres, donde tres personas que estaban discutiendo el argumento de una novela le requirieron para que hiciese de árbitro. Tratábase de escribir la historia de un oficial.

-Hermoso argumento ---exclamó Croniamantal.

-Aguarde usted---díjole su vecino, un tío barbudo-. Yo sostengo que ese argumento es todavía demasiado nuevo y demasiado raro para el público actual.

Y el tercero explicóle que se trataba del oficial de un restaurante, del tío del "office", el que friega los platos...

Pero Croniamantal no les respondió, y se fue a visitar a una ex cocinera que hacía versos y en cuya casa esperaba encontrarse con Tristusa a la hora del té. No estaba allí Tristusa; pero Croniamantal pasó agradablemente el rato con la dueña de la casa, que le recitó algunos poemas.

Eran versos llenos de profundidad, donde todas las palabras tenían nuevo sentido. Así, por ejemplo, la palabra ARCHIPIELAGO empleábala exclusivamente la poetisa en el de PAPEL SECANTE.

A poco de eso, el opulento Paponato, muy ufano de poderse llamar amante de la célebre Tristusa, y deseando no se le fuese de las manos, porque le daba lustre, decidió emprender en su compañía un viaje por toda la Europa central.

-Está bien --dijo Tristusa-; pero no viajaremos como amantes, porque si bien es cierto que me resulta usted simpático, no le quiero todavía, o por lo menos hago cuanto puedo por no tomarle cariño. Viajaremos, pues, como buenos amigos nada más, y yo me vestiré de chico, ya que tengo el pelo corto y más de una vez me han dicho que parecía un niño bonito.

-Perfectamente, así es -respondió Paponato-. Y como necesita usted descansar, y yo también me siento algo cansado, iremos a pasar una temporada de vida recoleta en Moravia, en un convento de Brunn, donde mi tío, el prior del Crepontois, se retiró a raíz de la expulsión de las Congregaciones. Es uno de los conventos más ricos y más hermosos del mundo. Yo la presentaré a usted como a un amigo, y no se apure, que de todos modos pasaremos por amantes.

-Lo celebraré mucho --dijo Tristusa-, pues me encanta pasar por lo que no soy. Mañana mismo partiremos.

⁹ Alusión a la obra de Coppé, *Le Passant*. (N. del T.)

¹⁰ Pronúnciase (N. del T.)

¹¹ Lo de la “rima rica” refiérese, naturalmente a los versos originales.- (N. del T.)

XV VIAJE

Como loco volvióse Croniamantal con la pérdida de Tristusa. Pero a partir de aquel momento, empezó a hacerse célebre, y al par que crecía su fama de poeta, acreditábase también de dramaturgo.

Los teatros representaban sus obras, y la muchedumbre aplaudía su nombre; pero al mismo tiempo, los enemigos de los poetas y de la poesía aumentaban también en número y arreciaban en su rencoroso encono.

El entristecíase más y más, y su alma rarificábase en su cuerpo sin fuerzas.

Al tener noticia de la marcha de Tristusa no protestó; pero preguntó a la portera si sabía adónde había ido.

-Lo ignoro -díjole la buena mujer-; no sé más sino que se dirige a la Europa central.

-Está bien -dijo Croniamantal.

Y de regreso en su casa, reunió tinos cuantos miles de francos que poseía y fuese a la estación del norte, donde tomó el tren para Alemania.

Y al día siguiente, víspera de Navidad, a la hora del horario, subióse al tren en la descomunal estación de Colonia. Croniamantal, maleta en mano, apeóse el último de su coche de tercera. En el andén de la vía paralela a la que ocupaba su tren, una gorra encarnada de jefe de estación, los cascos de bola de los agentes de Policía y las chisteras de los personajes notables, atestiguaban que en el tren siguiente esperaban a un hombre de pro. Y, efectivamente, a poco oyó Croniamantal la vocecilla de un vejete de secos ademanes, cuya mujer, regordeta y alelada, se embobaba mirando la gorra colorada, los cascos de bola y las chisteras:

-¡Krupp!... ¡Essen!... ¡Ni un solo pedido!... iltalia!...

Croniamantal siguió al gentío de viajeros que se habían apeado de su tren. Caminaba detrás de dos muchachas que por sus andares asemejábanse a los patos. Escondían las manos en una pelerina muy corta; ornaba la primera su cabeza con un sombrero minúsculo y negro, al que llevaba prendidos ramilletes de rosas azules, mientras en su cima tiritaban, como de frío, unas plumas negras y tiesas, muy delgadas y pelonas, menos en la punta. El sombrero de la otra era de fieltro liso, casi brillante, y un nudo enorme de "satinette violeta dábale sombra de ridiculez. Eran, probablemente, dos criadas desacomodadas, pues al pasar se las tragarón, por decirlo así, unas señoras muy feas y emperifolladas que ostentaban sendas cintas de la Sociedad católica de protección a las solteras. Un poco más allá estaban apostadas con el mismo objeto otras damas de la Sociedad protestante. Croniamantal, que seguía a un hombretón de crespas barbas, recortadas y pelirrojas, vestido de verde, bajó la escalera que conduce al vestíbulo de la estación.

Ya fuera, saludó a la catedral solitaria en mitad de la irregular plazoleta que llena con su mole. La estación apilaba la suya moderna junto a la enorme catedral. Unas fondas ostentaban rótulos en lengua híbrida, y con estar tan próximas al coloso gótico parecían, no obstante, mantenerse a respetuosa distancia. Croniamantal aspiró largo rato el tufo de la población ante la catedral. Parecía desilusionado.

-Ella no está aquí -dijo para sus adentros-. Mi nariz la ventearía, mis nervios vibrarían, mis ojos la verían.

Cruzó la población, atravesó las fortificaciones a pie, y, como impulsado por una fuerza ignota, siguió a lo largo de la carretera por la orilla derecha del Rhin. Y efectivamente: Tristusa y Paponato, que habían llegado dos días antes a Colonia, habían comprado un automóvil y continuaban su viaje; iban por la orilla derecha del Rhin, en dirección a Coblenza, y Croniamantal les seguía el rastro.

Llegó la Nochebuena. Un anciano rabino, profético, de Dollendorf en el momento en que cruzaba el puente que une a Bonn con Beul se vio repelido por fuerte ventolera. La ráfaga de nieve apretaba. El fragor del huracán apagaba los villancicos de Navidad; pero no había casa en que no brillasen los miles de luces de los árboles coruscantes.

El anciano judío lanzó un taco:

-Kreuzdonnerwetter...¹², no voy a llegar nunca a Haenchen... Invierno, antiguo amigo mío, tú no tienes poder sobre mi rancia y festiva carroña, déjame atravesar sin estorbos ese viejo Rhin que está beodo como treinta y siete borrachos. Yo también me dirijo a la noble taberna frecuentada por los borusianos¹³, con la sola mira de empinar el codo en compañía de esos buenos sujetos y a costa suya, como buen cristiano, por más que sea judío.

Arreció el fragor del huracán y oyéronse voces extrañas. Echóse a temblar el anciano rabino, y alzó la frente exclamando:

¡Donnerkeil! ¡U! jeh, ch, ch, ch! ¡Oigame usted, el de lo alto, más valiera que entendiese en sus asuntos, en vez de tomarla con los bebedores de buen humor, a quien su mala suerte obliga a salir de casa en noches como ésta! ... ¡Oh, madres! ¿No están ustedes ya bajo el dominio de Salomón? Ohé, ohé, Tseilom Kop. ¡Meicabl! ¡Farwachen Ponim! ¡Beheme!¹⁴

¿Os habéis propuesto impedirme que cate los excelentes vinos de Mosela con los señores estudiantes de Borusia, que a gala tienen beber conmigo en atención a mi notoria ciencia y a mi inimitable lirismo, amén de todos mis dones de sortilegio y profecía?

¡Espíritus malditos! ¡Sepan ustedes que también habría bebido vinos del Rhin, sin contar los de Francia!... ¡Y no me hubiera olvidado de saborear el champaña en honor de ustedes, mis antiguas amigas!... A media noche, a la hora en que se hace Cristkindchen,¹⁵ me hubiera tumbado debajo de la mesa y, siquiera mientras me hubiese durado la borrachera, habría podido dormir... Pero ustedes dan suelta a los vientos y arman un jaleo infernal, en esta noche que habría de ser la más apacible del mundo. De sobra lo saben ustedes: estamos en el período de los días alciónicos... y en punto a tranquilidad, efectivamente, no parece sino que se están ustedes tirando del moño allá arriba, señoras mías. Todo por distraer a Salomón, sin duda... ¡Herrgottsocra... ¿Qué oigo?... ¡Lilith! ¡Naama! ¡Agueret! ¡Mahala!... ¡Ah, Salomón, por divertirte a ti van a acabar con todos los poetas de esta tierraL..

¡Ah, Salomón!, rey Jovial cuyos bufones son esos cuatro espectros nocturnos que se dirigen del Oriente hacia el Norte, sin duda buscas mi muerte, porque soy tan poeta como todos los profetas judíos y profeta como los poetas todos.

¡Adiós la papalina de esta noche!... Viejo Rhin, no tengo más remedio que volver a grupas. Voy a prepararme a bien morir, dictando mis más líricas y postreras profecías...

Estalló en aquél instante un estruendo inaudito, semejante a un trueno. El anciano profeta apretó los dientes, meneando la cabeza, y miró hacia el suelo, tras lo cual se agachó y se puso a escuchar muy cerca de la tierra. Al incorporarse murmuró:

-Ni siquiera la tierra quiere ya sufrir el contacto insoportable de los poetas.

Y echando a andar, metióse por entre las calles de Beul, volviendo la espalda al Rhin.

Luego que el rabino hubo cruzado la vía del ferrocarril, encontróse ante dos caminos, y mientras titubeaba sin saber cuál de ellos le convenía seguir, volvió a alzar de nuevo la frente, por casualidad, y reparó en un joven que, con una maleta en la mano y precedente de Bonn, se le había puesto delante. No reconoció al tal sujeto el anciano rabino, y preguntóle a voces:

-¿Se ha vuelto usted loco para viajar con el tiempo que hace?

-Ando buscando a una que se me ha perdido y cuyas huellas voy siguiendo -respondió el desconocido.

-¿Qué profesión es la suya? -exclamó el judío.

-Soy poeta.

Dio el profeta una patadita en el suelo, y mientras el joven se alejaba injurióle innoblemente a causa de la piedad que le inspiraba; luego bajó la frente, y sin acordarse ya para nada del poeta, procedió a mirar los mojonos, para enterarse del camino en que se encontraba. Después echó a dar hacia delante rezongando:

-Menos mal que ha amainado el viento.... siquiera se puede andar... A lo primero me pareció que venía con intención de matarme... Pero no; hasta es posible que estire la pata antes que yo, ese poeta que ni siquiera es judío... En fin, avivemos el paso con todo alborozo, para prepararnos a una muerte gloriosa.

Avivó el paso el anciano profeta; con su larga hopalanda hacía la impresión de un aparecido, y unos chicos que volvían de Puetzchen, de celebrar la Nochebuena, al pasar junto a él lanzaron gritos de espanto, y durante largo rato estuvieron apedreando el lugar por donde se perdiera de vista.

De esta suerte recorrió Croniamantal parte de Alemania y el Imperio austríaco: la fuerza que le impulsaba arrastróle por en medio de Turingia, Sajonia, Bohemia y Moravia, hasta Bruenn, donde tuvo que detenerse.

La noche misma de su llegada procedió a recorrer la población. En las calles, llanqueadas de antiguos palacios, veíanse descomunales suizos, de calzón corto y bicornio. Apoyábanse en largos bastones de pomo de cristal. Sus botones de oro relucían como pupilas de gato.

Croniamantal no atinaba ya con su camino-, largo rato anduvo dando vueltas por delante de unas casas pobres, tras cuyas ventanas iluminadas dibujábanse raudas

sombras. Pasaban oficiales arrebuajados en largos capotes azules. Volvióse Croniamantal para seguirlos con la vista, y luego salió de la ciudad y fue a contemplar de noche la sombría mole del Spielberg. En tanto examinaba la antigua cárcel de Estado, sonó junto a Croniamantal rumor de pisadas, y a poco vio pasar tres frailes que manoteaban y hablaban recio. Corrió tras ellos Croniamantal y les preguntó por su camino.

-Usted es francés -le dijeron-. Venga acá con nosotros.

Fijóse Croniamantal en ellos y observó que debajo de sus hábitos llevaban puestas unas capitas color de paja muy elegantes. Llevaban en las manos sendas varitas, y a la cabeza, sombreros flexibles. En el trayecto díjole a Croniamantal uno de los frailes:

-Está usted muy lejos de su fonda; nosotros le indicaremos el camino, si usted quiere. Pero, si no hay inconveniente por su parte, puede usted venirse al convento con nosotros. Le recibirán a usted muy bien, por ser extranjero, y allí podrá usted pasar la noche.

Aceptó Croniamantal de bonísima gana, diciendo:

-Con mucho gusto, puesto que ¿no son ustedes mis hermanos, ya que yo soy poeta?

Echáronse a reír... El más viejo, que gastaba unos lentes con cerco de oro, y cuya panza sobresalía por debajo del pedo-al-aire a la moda, alzó el brazo exclamando:

-¡Poeta! ¿Es posible?

Y los otros dos, más flacos, echáronse también a reír arqueando el cuerpo y sujetándose la barriga como si tuviesen cólico.

-Guarden compostura -dijo el fraile de los lentes-; vamos a pasar por una calle donde viven judíos.

En las calles, en todas las puertas, mujeres en pie como pinos en el bosque, siseaban y hacían señas.

Huyamos de esta putería -dijo el fraile gordo, que era de nacionalidad checa, y al que sus compañeros llamaban padre Karel.

Croniamantal y los frailes concluyeron por detenerse ante un gran convento. Al toque de campana acudió a abrir el portero. Los dos frailes flacos despidiéronse de Croniamantal, que se quedó a solas con el padre Karel en un locutorio ricamente amueblado.

-Hijo mío -díjole el padre Karel-, se encuentra usted en un convento único. Los monjes que lo habitan son todos gente distinguida. Tenemos entre nosotros ex archiduques y hasta ex arquitectos, soldados, sabios, poetas, inventores, unos cuantos frailes que se vinieron acá huyendo de Francia cuando la expulsión de las Congregaciones, y otros cuantos huéspedes legos, de muy finos modales. Todos son santos. Yo mismo, aquí donde usted me ve, con mis lentes y mi tripa, soy un santo. Voy a enseñarle su cuarto; se estará en él hasta las nueve. A esa hora oirá usted la campana fiamando a la cena, y yo iré a buscarle.

El padre Karel guió a Croniamantal por unos pasillos muy largos. Subieron luego una escalera de blanco mármol, y en el segundo piso abrió el fraile una puerta diciendo:

-Este es su cuarto.

Enseñole el botón de la electricidad y retiróse.

El cuarto era redondo y redondos la cama y los muebles, en la chimena había una calavera que parecía un queso rancio.

Asomóse Croniamantal a la ventana, a cuyo pie extendíase la soledad frondosa de un gran jardín monacal, del que parecían subir risas, suspiros y clamores de júbilo, como si mil parejitas estuvieran allí solazándose. Luego, una voz de mujer cantó en el jardín una canción que ya le era conocida a Croniamantal.

-Croquemitana

Trae la rosa y las lilas

Que viene el rey

-Buenos días Germana

-Croquemitana

Volverás otra vez

Y Croniamantal púsose a cantar lo que seguía:

-Buenos días Germana

Vengo a gozar en tu regazo.

Luego aguardó a que la voz de Tristusa continuara la toriadilla.

Y acá y allá voces de hombres cantaron con aires graves tonadas desconocidas, mientras una cascada voz de viejo balbuceaba:

Vexilla regis prodeunt...

En aquél momento entró en el cuarto el padre Karel, al mismo tiempo que se oía el repicar de una campana.

-Y qué, hijo mío, ¿estaba usted escuchando los rumores de nuestro hermoso jardín? Ese paraíso terrenal está lleno de recuerdos. Ticobrahe hízole ahí el amor antaño a una linda judía que no paraba de decir "Chazer", lo que en ladino quiere decir marrano. Yo mismo he visto en nuestro jardín al archiduque Fulano holgarse con un mozo muy lindo que tenía el tafanario en forma de corazón. Pero, ¡vamos a cenar, vamos a cenar!...

Llegaron a un dilatado refectorio, todavía desierto, y el poeta pudo examinar a sus anchas los frescos que cubrían las paredes.

Representaban a Noé borracho perdido y tumbado en el suelo. Su hijo Cam descubría la desnudez del padre; es decir, una cepa de vid primorosa e ingenuamente pintada, cuyas ramas servían de árbol genealógico, o poco menos, pues tenía inscrita en cada hojilla el nombre de alguno de los padres del convento.

Las bodas de Caná mostraban un Mannenkempis meando vino en los toneles, mientras la novia, preñada de ocho meses, presentábele el vientre, que parecía un tonel, a alguien que escribía por debajo con un tizo: Tokai.

Veíase también a los soldados de Gedeón desquitándose del espantoso cólico que les acarrearía la gran cantidad de agua que bebieran.

La larga mesa, que ocupaba el centro de la sala, a todo lo largo, hallábase servida con rara suntuosidad. Las copas y garrafas eran de cristal tallado de Bohemia, del más fino cristal rojo, en cuya composición sólo entran helechos, oro y rubíes. Sobre la albura de los manteles, sembrados de violetas, refulgía la soberbia vajilla.

Llegaron los frailes de dos en dos, con la capucha calada y cruzados los brazos al pecho. Según iban entrando saludaban a Croniamantal y se colocaban en su sitio. El padre Karel decíale sucesivamente a Croniamantal sus nombres y el país de que procedían.

A poco quedó completa la mesa, y el número de comensales era de cincuenta y seis. El prior, un italiano de ojos saltones, dijo el "benedicite", y al punto empezó la comida. Pero Croniamantal aguardaba con una gran ansiedad la llegada de Tristusa.

Sirvieron primero una sopa, en cuyo caldo nadaban meollos de avecillas y guisantes...

-Nuestros dos huéspedes franceses acaban de partir dijo un fraile francés que había sido prior del Crepontois-. No he podido detenerles. Hace un momento estaba cantando en el Jardín, con su linda voz de soprano, el compañero de mi sobrino. Por poco se desmaya al oír que no sé quién continuaba la canción que él había empezado. En balde fue que mi sobrino le rogara que se quedase aquí; a esta hora habrán tomado ya el tren, porque no tenían listo el automóvil. Nosotros se lo enviaremos por el ferrocarril. No me han dicho adónde se dirigen; pero creo que esos piadosos sujetos tienen algo que hacer en Marsella. Y hasta creo haberles oído mentar esa población.

Croniamantal, pálido como la ropa blanca, levantóse:

-Excusadme, padres míos -les dijo-; pero he hecho mal en aceptar su hospitalidad. Tengo que retirarme; no me preguntéis la razón. Pero siempre conservaré un buen recuerdo de la llaneza, alegría y la libertad que aquí reinan. Todo esto me agrada lo increíble; ¿por qué, porqué no podré disfrutar de ello?

¹² Literalmente "¡Truenos de la Cruz!"- (N. del T.)

¹³ Prusianos.- (N.del T)

¹⁴ El autor baraja aquí palabras hebreas y alemanas, deformadas deliberadamente en un remedo del dialecto judeogermánico, y que pueden traducirse: "Ca beza de mono, ¡largo de aquí! ¡Adelante! ¡Bestia!" - N. del T.)

¹⁵ A la letra, Niño Jesús.- (N. del T.)

XVI PERSECUCION

Por aquél tiempo distribuíanse diariamente premios de poesía. Miles de Sociedades habíanse fundado con ese objeto, y sus miembros se daban la gran vida, haciendo, a fecha fija, larguezas a los poetas. Pero el 26 de enero era el día que las más importantes Sociedades, Compañías, Consejos de Administración, Academias, Comités, Jurados, etc., del mundo entero otorgaban el que habían fundado. Adjudicábase el día aquél el 8.019 premio de poesía, cuyo importe ascendía a la suma de 50.003.225,75 francos. Además, como la afición a la poesía no estaba difundida en ninguna clase de la población de ningún país, la opinión pública estaba muy resentida con los poetas, a los que ponía de haraganes, inútiles, etc. El 26 de enero de aquel año transcurrió sin incidentes; pero al otro día, el gran rotativo La Voz, que veía la luz en Australia (Adelaida), redactado en lengua francesa, traía un artículo del sabio químico-agrónomo Horacio Tograth (un alemán, nacido en Leipzig), cuyos descubrimientos e invenciones parecían a veces cosa de milagro. El artículo, titulado "El laurel", contenía una suerte de historia del cultivo del laurel en Judea, Grecia, Italia, Africa y Provenza. El autor dábales consejos a los que tuvieren laureles en sus jardines, indicaban los múltiples usos del laurel, en la alimentación, el arte y la poesía, y su papel como símbolo de la gloria poética. Sacaba a relucir la Mitología, hablando de Apolo y haciendo referencia a la fábula de Dafne. Al terminar el artículo, Horacio Tograth cambiaba bruscamente de tono, y remataba con estas palabras su disertación:

"Y además, con toda verdad lo digo, ese inútil arbusto es todavía harto común, y tenemos símbolos menos gloriosos a los que los pueblos atribuyen el famoso sabor del laurel. Los laureles ocupan mucho espacio en nuestra tierra habitada, los laureles no merecen vivir. Cada uno de ellos usurpa el puesto de dos hombres. Echemos abajo los laureles y huyamos de sus hojas como de un tósigo. Símbolo antaño de poesía y ciencia literaria, no son hoy día sino emblema de esa muerta gloria, que es a la gloria lo que la mano de gloria es a la llave.

"La verdadera gloria ha abandonado a la poesía para irse con la ciencia, la filosofía, la acrobacia, la filantropía, la sociología, etc. Los poetas no valen hoy más que para embolsarse un dinero que no ganan, puesto que no trabajan, y la mayor parte de ellos - salvo los copleros y algunos otros no tienen pizca de talento y, por consiguiente, ninguna disculpa. Mas los que poseen algún don, todavía son más daniños, pues si no echan mano al dinero, ni a nada, arman cada uno más ruido que un regimiento, y nos dejan sordos con aquello de que están malditos. Esa gente no tiene razón de ser ya hoy día. Los premios que les conceden representan una usurpación a los obreros, a los inventores, a los sabios, a los filósofos, a los acróbatas, a los filántropos, a los sociólogos, etc. Es menester que los poetas desaparezcan. Licurgo los expulsó de su república; hay que expulsarlos de la tierra. Si no hacemos eso, los poetas, que son unos gandules consumados se erigirán en reyes, y sin hacer nada de provecho, vivirán a costa de nuestro sudor, nos oprimirán y encima nos tomarán el pelo. En una palabra, hay que quitarse de encima cuanto antes la tiranía poética.

"Si las repúblicas y los reyes, si las naciones no toman alguna determinación, la casta de los poetas, harto privilegiada, aumentará en tales proporciones y tan rápidamente, que dentro de poco nadie querrá ya trabajar, inventar, aprender, discurrir, hacer cosas de peligro, remediar los males de los hombres y mejorar su suerte.

"Hay que tomar, pues, en seguida una resolución y curarnos de esta plaga poética que consume a la humanidad."

Enorme revuelo produjo el articulito. Fue telegrafiado y telefoneado a todas partes, y lo reprodujeron todos los diarios. Algunos de estos últimos comentaron el artículo de Tograth con reflexiones irónicas para el sabio, de cuyo buen juicio dudaban. Reíanse del pánico que manifestaban a propósito del laurel lírico. Pero los diarios de información y de negocios hacían, por el contrario, mucha estima del artículo y decían que era genial.

El artículo del sabio Horacio Tograth había sido un pretexto único, admirable, para corroborar el odio a la poesía. Y el pretexto era poético. El artículo del sabio de Adelaida invocaba la magia de la antigüedad, cuyo recuerdo late en todo hombre bien nacido, y el instinto de conservación que todos los seres poseen. Por eso casi todos los lectores de Tograth quedáronse pasmados y medrosicos, y no quisieron desperdiciar la ocasión de hacerles daño a los poetas, que, a causa del gran número de premios con que se beneficiaban, se habían granjeado la envidia de todas las clases sociales.

La mayor parte de los periódicos coincidían en pedir que los Gobiernos adoptasen medidas para que, por lo menos, quedasen suprimidos los premios a la poesía.

Por la noche, en otra edición de La Voz, el químico agrónomo Horacio Tograth publicaba un segundo artículo, que lo mismo que el primero, fue telegrafiado y telefonado a todas partes, colmando la emoción que ya atosigaba a la Prensa, al público y a los Gobiernos. El sabio terminaba así su artículo:

“Mundo, escoge entre tu vida o la poesía; si no se toman contra ésta serias medidas, ¡adiós civilización! Pero tú no vacilarás. Desde mañana empezará la nueva era. Dejará de existir la poesía; romperemos las liras, hartas pesadas para las inspiraciones viejas. Daremos muerte a todos los poetas.”

Durante la noche fue semejante la vida en todas las ciudades del globo. El artículo, telegrafiado a todas partes, reprodujéronlo en ediciones especiales los respectivos diarios, que el público les quitaba de las manos a los vendedores. En todas partes dábale el público la razón a Tograth. Bajaron los tribunales a la calle, y confundiendo con la muchedumbre, azuzábanla. Casi todos los Gobiernos tomaron aquella misma noche resoluciones que, publicadas en bandos por las esquinas, provocaban en la gente que los leía indescriptible entusiasmo. Francia, Italia, España y Portugal fueron las primeras en decretar la inmediata prisión, mientras se resolvía otra cosa, de todos los poetas establecidos en su territorio. Los poetas extranjeros o ausentes que intentasen penetrar en aquellos países correrían riesgo de perder la cabeza. De los Estados Unidos recibieron despachos anunciando que el Gobierno había acordado la electrocución como castigo para todo ciudadano culpable de ejercer públicamente la profesión de poeta. Otros despachos de Alemania anunciaban que los poetas en verso o prosa establecidos en el Imperio habrían de guardar arresto en sus casas hasta nueva orden. A decir verdad, toda aquella noche y el día siguiente los países todos del globo, incluso los que no poseían sino pésimos bardos sin lirismo, adoptaron medidas hasta contra el solo nombre de poeta. Sólo dos naciones hicieron excepción en aquél caso, a saber: Inglaterra y Rusia. Y al punto fueron ejecutadas dichas leyes. Cuantos poetas se encontraban en los territorios de Francia, Italia, España y Portugal fueron reducidos a prisión. Al día siguiente algunos periódicos literarios publicáronse orlados de luto y con artículos lamentando el nuevo Terror. A mediodía llegaron despachos anunciando que a Aristeneto Sud-Oeste, el gran poeta de color, de Haití, habíanlo hecho cachitos aquella mañana y devorado luego un tropel de negros y mulatos ebrios de sol y de matanza. En Colonia, la Kaiserglocke estuvo tocando a rebato toda la noche, y por la mañana, el profesor Stimmung, autor de una epopeya medieval en cuarenta y ocho cantos, habiendo salido de su casa para tomar el tren, pues pensaba trasladarse a Hannover, vióse perseguido por una turba de fanáticos que empezaron a arrearle palos, gritando: “¡Muera el poeta!”.

Este refugióse en la Catedral, y allí seguía en unión de algunos bedeles, sitiado por la población enfurecida de los Drikkes, Hannes y Marizibill. Estas últimas mostraban particular encono, invocaban a la Virgen, a Santa Ursula y a los tres reyes magos en bajo alemán, y al mismo tiempo procuraban abrirse paso a codazos por entre el gentío. Los padrenuestros y piadosas preces salían de sus labios salteados con insultos admirablemente innobles al profesor-poeta, el cual debía su reputación más que a nada a la unisexualidad de sus costumbres. Con la frente postrada en el polvo, el profesor moríase de susto, prosternado al pie del gran San Cristóbal de palo. Oyó el ruido que armaban los albañiles tapiando todas las salidas de la catedral, y se dispuso a morir de hambre.

A eso de las dos telegrafiaron que un sacristán poeta de Nápoles había visto hervir la sangre de San Jenaro en la ampolla. El sacristán salió por las calles pregonando el milagro y dirigióse al puerto a jugar una partida de morra. Y en el juego ganó cuanto quiso, amén de una puñalada en el pecho.

Los telegramas anunciando detenciones de poetas sucediéronse durante todo el día. A eso de las cuatro supóse que los poetas yanquis habían sido electrocutados.

En París, algunos poetas de la orilla izquierda, perdonados a causa de su poco nombre, organizaron una manifestación, que partió de la Closerie des Lilas,¹⁶ dirigiéndose hacia la Conserjería, donde estaba detenido el príncipe de los poetas.

Acudió la tropa a dispersar a los manifestantes. La caballería dio cargas. Echaron mano de las armas y los poetas se defendieron; pero al verlo, el público tomó parte en el tumulto. Entre todos estrangulaban a los poetas, mientras se proclamaban sus defensores.

De esta suerte empezó la persecución, que en poco tiempo extendióse al mundo entero. En América, consumada la electrocución de los poetas célebres, lincharon a todos los copleros de color y hasta a muchas personas que en toda su vida habían hecho una copla;

luego cayeron sobre los blancos de la bohemia literaria. También se supo que Tograth, después de dirigir en persona la persecución en Australia, habíase embarcado en Melbourne.

¹⁶ Nombre de un café parisiense frecuentado por Guillaume Apollinaire y sus amigos. - (N. del T.)

XVII ASESINATO

Como Orfeo, corrían peligro todos los poetas de morir malamente. En todas partes había saqueado el público las casas editoriales y prendíanles fuego a los libros de versos. No había población donde no hubieran ocurrido mortandades. La admiración universal era patrimonio, por el momento, de ese Horacio Tograth, que desde Adelaida (Australia) desencadenara la tempestad, y parecía haber acabado para siempre con la poesía. La ciencia de ese hombre rayaba, según decían, en lo milagroso. Aventaba las nubes o conducía una tormenta adonde le venía en gana. Las mujeres, en viéndole, ya quedaban sometidas a su voluntad. Dicho sea de paso, no desdeñaba a las virginidades, ni masculinas ni femeninas. En cuanto Tograth se enteró del entusiasmo que había despertado en todo el Universo, anunció que recorrería las principales ciudades del globo tan pronto como dejase limpia a la Australia de poetas eróticos y elegíacos. Y, efectivamente, a poco de eso transmitió el telégrafo a todas partes el delirante frenesí con que los públicos de Tokio, Pekin, Yakutsk, Calcuta, El Cairo, Buenos Aires, San Francisco y Chicago acogieran la visita del infame alemán Tograth. Doquiera dejó éste una impresión sobrenatural a causa de sus milagros, que apellidaba científicos, y de sus curaciones extraordinarias, que elevaron al grado de sublime su reputación de sabio y hasta de taumaturgo.

El 30 de mayo desembarcó Tograth en Marsella. El pueblo en masa habíase congregado en el muelle para recibir al alemán que desembarcó del paquebot y montó en una chalupa. En cuanto lo divisó el gentío, los gritos, vivas y rebuznos lanzados por innumerables gacznates mezcláronse con el rumor del viento, las olas y las sirenas de los vapores. A medida que se acercaba la chalupa, podían distinguirse mejor las facciones del héroe. Tenía la cara afeitada, con un viso azul en el sitio de la barba, y su boca casi sin labios partía con una ancha cuchillada su cara sin barbeta, por lo que se daba cierto aire con un tiburón. La nariz remangada, dejaba ver el interior de sus fosas nasales. La frente, muy alta y muy ancha, subía perpendicular. Vestía Tograth de blanco, usaba un traje muy ceñido, y los tacones de sus zapatos, blancos también, eran altísimos. No gastaba sombrero. Al posar la planta en el muelle de Marsella, el entusiasmo del público fue tan enorme que, luego al despejar el gentío el campo, se contaron hasta trescientas personas muertas de asfixia o a consecuencia de pisotones y magullamientos. Unos cuantos individuos tomaron al héroe y cargaron con él a hombros mientras el aire se llenaba de cánticos y gritos y flores arrojadas por manos de mujer, hasta dejarlo en la fonda donde tenía preparado ya su alojamiento, y a cuya puerta encontrábase los directores, intérpretes y ganchos del establecimiento.

Aquel mismo día por la mañana, Croniamantal, precedente de Bruenn, había dejado a Marsella con la idea de buscar a Tristusa, que se encontraba allí desde la noche antes en compañía de Paponato. Los tres habíanse confundido con las turbas que aclamaban a Tograth delante del hotel en que había de hospedarse.

-¡Venturoso furor! -dijo Tristusa-. Usted no es poeta, Paponato; usted ha estudiado cosas que valen mucho más que la poesía. ¿No es verdad, Paponato, que usted no tiene nada de poeta?

-En efecto, amiga mía -respondió Paponato-; he hecho algún que otro verso por distraerme, pero no soy poeta. Soy un excelente hombre de negocios, y ninguno se da más buena traza que yo para administrar un capital.

-Esta noche echará usted al correo una carta para La Voz, de Adelaida, contando todo eso, y así quedará usted a salvo.

-No dejaré de hacerlo -dijo Paponato-. ¡Cualquier día iba yo a ser poeta! Eso se queda para Croniamantal.

-Supongo que lo habrán escabechado en Bruenn, donde pensaba encontrarnos.

-¡Pero si está aquí! -dijo por lo bajo Paponato-. Está entre el gentío. Se oculta. No ha reparado en nosotros.

-Quisiera verlo ya tieso -suspiró Tristusa-. Pero me da el corazón que no ha de tardar mucho.

-Mire usted -dijo Paponato-. Ya se acerca el héroe.

Llegaba en aquél momento ante el hotel el cortejo que conducía en hombros a Tograth. Los manifestantes depositaron en el suelo al agrónomo, y éste, volviéndose hacia la multitud, habló:

-Marsellese, para expresar mi agradecimiento podría emplear palabras más gordas

que vuestras célebres sardinas. Podría hacer un largo discurso. Pero esas palabras no estarían nunca en proporción con la magnificencia de la acogida que me habéis dispensado. Sé que adolecéis de achaques que yo puedo aliviar gracias a la ciencia, no solamente a la mía, sino también a la de los sabios que durante miles y miles de años estuvieron acumulando saber. Traedme a los enfermos, y los sanaré de sus alifafes.

Un hombre que tenía la cabeza tan monda como la de un natural de Mycona, clamó:

-Tograth, divinidad humana. ¡Sapientísimo todopoderoso, concédeme una caballera abundosa!

Sonrió Tograth y mandó que se le acercara el hombre, y poniéndole la mano en la mollera, dijo:

-Tu estéril guijarro se cubrirá de vegetación frondosa; pero acuérdate siempre de este beneficio y no transijas nunca con el laurel.

Al mismo tiempo que el calvo acercóse una chica, la cual imploróle diciendo:

-Buen mozo, buen mozo, mírame la boca; mi amante me la ha partido de un puñetazo y me ha quebrado algunos dientes; devuélvemelos.

Sonrió el sabio y púsole un dedo en la boca, diciendo:

-Ahora ya puedes morder, tienes unos dientes soberbios. Pero en señal de agradecimiento, muéstrame lo que llevas en ese saco.

Sonrió la muchacha, abrió la boca, en la que relucieron los dientes nuevos, y luego abrió su saco, excusándose:

-¡Vaya un capricho! Aquí llevo mis llaves y el retrato en esmalte de mi novio-, ha salido muy mal.

Pero a Tograth encandiláronsele los había divisado en el saco algunas canciones parisienses adaptadas a tonadas vienesas. Cogió aquellos papeles, y después de repararlos, dijo:

-No son más que coplas. ¿No tienes poesías? -Una tengo y muy bonita -dijo la muchacha-. Me la compuso para mí el gancho del hotel Victoria antes de partir para Suiza.

Y alargóle a Tograth un papelito color de rosa que contenía este lamentable acróstico:

Mi amada adorada, antes que me vaya,
Antes que mi amor, ¡oh, María! descarrile,
Ronque y muera, ¡oh, mi amiga!, una vez, una vez
iremos a pasearnos por el bosque juntitos,
Así, tranquilo, luego supongo, que me iré.

-Esto es poesía -dijo el sabio- del género imbécil.

Hizo pedazos el papelito y arrojólos al arroyo, mientras la chica daba diente con diente y aseguraba con cara de susto:

Buen mozo, buen mozo, yo no sabía que eso fuera malo.

En aquel instante acercóse Croniamantal al sabiogermánico, y apóstrofó a las turbas:

-¡Canallas! ¡Asesinos!

Estallaron carcajadas. Oyéronse gritos de:

-Al agua con él.

Y Tograth, mirando a Croniamantal, dijole:

-Que este gentío no te ofusque. Yo amo al pueblo por más que me aloje en hoteles que el pueblo no frecuenta.

Dejó el poeta que Tograth hablara y, luego, encarándose con la multitud, dijole:

-Canalla, riéte de mí cuanto quieras, que tus alegrías están contadas; una a una te las irán quitando. Y sabes, populacho, quién es tu héroe.

Sonreía Tograth, y la muchedumbre escuchaba atenta.

-Tu héroe, oh populacho, es el Tedio, trayendo del brazo a la Desdicha.

Un grito de asombro salió de todos los pechos. Algunas mujeres se santiguaron. Hizo Tograth ademán de ir a hablar, pero Croniamantal le echó mano al pescuezo, derribóle en tierra, y allí lo tuvo, con un pie sobre el pecho, largo rato. Y al mismo tiempo habló así:

-Es el Tedio del brazo con la Desdicha, el Leviatán baboso e inmundito, el Bahelmonth, manchado de estupro y violaciones, tinto en la sangre de los maravillosos poetas. Es el vómito de los antípodas, sus milagros no engañan a los clarividentes como los milagros de Simón el mago no engañaban a los Apóstoles. Marselleses, marselleses, ¿por que vosotros, cuyos antepasados vinieron del país más puramente lírico, os habéis solidarizado con los enemigos de los poetas, con los bárbaros de toda las naciones? ¿Sabéis cuál es el más asombroso milagro del alemán procedente de Australia? Pues el haberse impuesto al mundo y haber sido por un instante más fuerte que la creación misma, que la poesía eterna.

Pero Tograth, que había podido zafarse de debajo del pie de Croniamantal, incorporóse

manchado de polvo y ebrio de cólera, y preguntó: -¿,Quién eres tú?

Y la multitud repitió:

-¿Quién eres tú, quién eres tú?

Volvióse el poeta hacia el oriente, y habló con exaltado acento:

-Yo soy Croniamantal, el más grande de los poetas vivos. He visto muchas veces a Dios cara a cara. He aguantado el divino fulgor, que atemperaban mis ojos. He vivido la eternidad. Pero, habiéndose cumplido los tiempos, he venido a ponerme frente a ti.

Acogió Tograth tales palabras con una carcajada terrible. Los manifestantes que estaban en las primeras filas, al ver reírse de aquella manera al sabio, echáronse a reír también, y la risa no tardó en propagarse en estallidos, en gorjeos y arpegios al populacho todo, sin excluir a Paponato y a Tristusa Bailarincilla. Todas aquellas bocas desquijaradas encarábanse con Croniamantal, que iba perdiendo la paciencia. Y entre las carcajadas oyéronse gritos de:

-¡Al agua con el poeta!... ¡A la hoguera Croniamantal!... ¡A los perros el amante laurel!

Un hombre que estaba en primera fila y que tenía en la mano descomunal garrote, atizóle con él un palo a Croniamantal, que hizo un mohín de dolor, lo cual aumentó la hilaridad de las turbas. Una piedra lanzada con mucho tino, hirió al poeta en la nariz, de donde saltó la sangre. Una pescadera abrióse paso por entre el gentío, y encarándose con Croniamantal, dijo:

-¡Oh, vaya con el pajarraco! Te conozco, pelanas, tú eres un policía metido a poeta, toma, granuja, toma, lioso.

Y le asestó una formidable puñada, escupiéndole de paso en el rostro. El individuo a quien Tograth curara su calvicie, acercósele al poeta, diciéndole:

-Mira el pelo que he echado; ¿por ventura este milagro es mentira?

Y enarbolando su bastón, descargólo sobre el poeta con tanto tino, que le saltó el ojo derecho. Croniamantal cayó boca arriba, y al verle en el suelo, echáronse encima unas mujeres y empezaron a darle puñadas. Tristusa daba saltos de puro contenta, mientras Paponato hacía por quietarla. Pero con la contera de su paraguas fue Tristusa y saltóle el otro ojo a Croniamantal, que reparó entonces en ella, y exclamó:

-Confieso mi amor por Tristusa Bailarincilla, la poesía divina que consuela a mi alma.

En aquél momento oyéronse unos vozarrones masculinos.

-Cállate, carroña. Señoras, cuidado.

Apartáronse al punto las mujeres, y un hombre que columpiaba un puñalón enorme en la palma de la mano, alzólo de modo que fue a clavársele al poeta en la abierta boca. Imitáronle a aquél otros hombres. Los puñales fueron elavándosele a Croniamantal en el vientre y el pecho, de suerte que a poco ya no hubo sobre el suelo sino un cadáver, erizado lo mismo que la cáscara de una castaña marina.

XVIII APOTEOSIS

Muerto ya Croniamantal, volvió Paponato al hotel con Tristusa Bailarincilla, la que, no bien se encontró allí, entregóse a un arrechucho de nervios en toda regla. Hospedábanse en un antiguo inmueble, y Paponato hubo de dar en un rincón con una botella de agua de la reina de Hungría, que databa del siglo XVII. Aquel remedio obró un efecto rápido. Recobró Tristusa el conocimiento, y sin demora encaminóse al hospital para reclamar el cadáver de Croniamantal, que al punto, sin dificultad alguna, le entregaron.

Hízole unos funerales muy decentitos y colocó sobre su tumba una lápida, en la que mandó esculpir a guisa de epitafio lo siguiente:

ANDAD DE PUNTILLAS CON GRAN TIENTO, NO TURBEIS
SU DULCE SUEÑO.

Luego volvióse a París con Paponato, que la abandonó a los pocos días para hacerle el amor a un maniquí de los Campos Elíseos.

No lo echo de menos Tristusa. Púsose luto por Croniamantal y subió a Montmartre a casa del pájaro de Benin, el cual empezó por cortejarla, y luego que salieron con la suya, pusieronse ambos a hablar de Croniamantal.

-Tengo que hacerle una estatua -dijo el pájaro de Benin-, porque además de pintor soy escultor.

-Es verdad, hay que levantarle una estatua -dijo Tristusa.

-¿Pero en dónde? -preguntó el pájaro de Benin, El Gobierno no nos concederá terreno. Corren malos tiempos para los poetas.

-Eso dicen -repuso Tristusa-, pero puede que no sea cierto. ¿Qué le parece a usted el bosque de Meudon, señor de pájaro?

-Ya había pensado en él. Sólo que no me atrevía a decílo. Vaya por el bosque de Meudon.

-¿Y de qué va a ser la estatua? -preguntó Tristusa¿de mármol?, ¿de bronce?

-No; eso está ya muy anticuado -respondió el pájaro de Benin-. He de hacerle una sólida estatua de nada, como la poesía y como la gloria.

-¡Bravo, bravo! -dijo Tristusa batiendo palmas-. Una estatua de nada, en el vacío; es una idea magnífica. ¿Y cuándo piensa usted esculpirla?

-Mañana, si usted quiere. Vamos ahora a comer, pasaremos la noche juntos y mañana en cuanto claree el día nos iremos al bosque de Meudon, y allí esculpiré yo esa sólida estatua.

Y dicho y hecho. Fuéronse a cenar con lo mejorcito de Montmartre, volvieron a acostarse de madrugada, y ¿al día siguiente, a las nueve de la mañana, armados dealmofaca, azada, pala y gubias, tomaron el camino del lindo bosque de Meudon, donde encontraron, en compañía de su querida, al príncipe de los poetas, que se relamía de gusto pensando en la buena temporada que se había pasado en la Conserjería.

En el claro del bosque puso el pájaro de Benin manos a la obra. En pocas horas cavó una zanja de medio metro de anchura por dos de profundidad.

Luego almorzaron sobre el césped.

La tarde consagróla el pájaro de Benin a esculpir el interior del monumento a semejanza de Croniamantal.

Al otro día volvió el escultor con unos obreros, que revistieron el hoyo de un muro de cemento de unos ocho centímetros de ancho, menos el fondo, que tenía treinta y ocho centímetros, de suerte que el vacío afectaba la forma de Croniamantal y su fantasma llenaba el hoyo.

Pasados dos días volvieron al lugar del monumento el pájaro de Benin, Tristusa y el príncipe de los poetas con su querida. Llenaron el monumento con la tierra sacada de la zanja y al oscurecer plantaron encima un gallardo retoño del laurel de los poetas, mientras Tristusa Bailarincilla danzaba, cantando:

No te aman todas inipienten

Larán larán larán

Cuando fue amante de la reina

Era rey, pues ella es reina

Es verdad es verdad lo quiero

A Croniamantal en el fondo del hoyo

Es él

*Cojamos la mejorana
A la noche.*